



A CIELO
BIERTO

Travesías
LITERARIAS
ISLEÑAS



PROYECTO FINANCIADO POR EL
FONDO NACIONAL DE FOMENTO
DEL LIBRO Y LA LECTURA
CONVOCATORIA 2020

LIBRO GRATUITO – PROHIBIDA SU VENTA



A CIELO ABIERTO:
TRAVESÍAS
LITERARIAS ISLEÑAS





**© A CIELO ABIERTO:
TRAVESÍAS LITERARIAS ISLEÑAS**

© Varios/as autores/as

© DE ESTA EDICIÓN:

Fundación A Cielo Abierto

Travesías Literarias Isleñas

Provincianos Editores

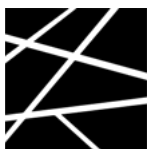
Edición de 1.500 ejemplares, octubre de 2021

Edición general: Óscar Petrel

Diseño, correcciones y diagramación: Andrés Urzúa

Ilustraciones de cubierta e interiores: Francolibrí

Impreso en Chile
por Donnebaum S. A.





A CIELO ABIERTO:
TRAVESÍAS
LITERARIAS ISLEÑAS





MIENTRAS TANTO

La idea original no era hacer este libro. Queríamos ir a sus islas y escuelas, como en años anteriores, junto al Capitán Helmuth y su velero chilote Catalina. Mirarnos las caras. Abrazarnos. Leer poesía, jugar y cantar. No se pudo.

Producto de esa imposibilidad pensamos lo siguiente: ya que no pudimos ir a verlos y verlas como teníamos contemplado, ¿por qué no enviarles todo aquello que queríamos compartir? Entonces se nos ocurrió armar esta hermosa encomienda. Pedimos a nuestros amigos artistas que escriban para ustedes. Pedimos a Francolibrí que dibuje para ustedes: los niños y niñas que hoy viven en las maravillosas islas del Seno de Reloncaví. Porque nos dimos cuenta que las historias pueden viajar libremente. Porque la literatura no necesita de ningún tipo de pasaporte sanitario. Porque la literatura tan solo necesita la curiosidad de una lectora o un lector.

Querido profesor, querida profesora, querida mamá y querido papá, querida abuela, querido abuelo,

querida y querido cuentacuentos: leer es como prender una luz adentro de uno. En ese sentido, este libro también es una linterna. Y para poder alumbrar adentro de la gran noche del mundo, hay que estar dispuesto a acompañarse y acompañar. La idea es no perderse ni caer en la oscuridad.

O dicho de otra manera: leer siempre será una forma de navegar y de seguir en la aventura.

Óscar Petrel y Carolina Contreras
A Cielo Abierto – Travesías Literarias Isleñas

*Llueve en Pelluco,
inicios de la Carretera Austral*








EL PAÍS DE LOS NIÑOS

Por Rosabetty Muñoz



Cada niño que nazca en este territorio tendrá derecho a la felicidad. Todos conviviendo como los pájaros con sus diversos plumajes o como los peces que esplenden bajo el mar, luciendo sus escamas plateadas sin discriminar a otros habitantes marinos.

Será arrullado con el arte y la cultura de sus ancestros y aprenderá los saberes necesarios para el Buen Vivir.

Al nacer se le pondrá un nombre que será su insignia/escudo protector para recibir todos los cuidados necesarios: su corazón, su mente, su cuerpo serán prioridad nacional y serán procurados todos los medios para resguardarlo como un tesoro que enriquecerá la nación futura.

Tendrá derecho a vivir su niñez sin trabajar y será resguardada su capacidad de soñar, jugar y compartir con otros niños. No serán adiestrados para oficios que enriquezcan a empresas, sino para buscar sentido a sus vidas.

Crecerá respetando el trabajo de sus padres y familiares, porque verá que son dignos y les permiten tener calor en invierno, comida, ropa, libros.

Ningún niño sufrirá violencia ni vivirá en un entorno que le cause daño. Será educado en el amor y el respeto por los demás seres de la creación que comparten su mundo.

Tendrá derecho a disfrutar de la naturaleza y crecer en un medioambiente sano. Sabrá que el agua, el mar, el aire, no son propiedad de nadie y aprenderá a cuidarlos para los que vienen.

Sabrá que hay niños que sufren y que debe orientar su vida hacia la participación social, de modo que pueda luchar para que haya igualdad y reconocimiento de la dignidad de todas las personas.

Podrá reconocer las desigualdades, identificar la injusticia y comprenderá que no quiere aceptarlas para él ni para otros.



Tendrá derecho a disfrutar de su espacio natural y convivir armónicamente con las especies que no son suyas, sino parte de un ecosistema que a todos nos permite vivir y prosperar. Será parte de su aprendizaje entender que todo es necesario en la naturaleza, incluso los humildes hongos, incluso las bacterias, incluso los residuos o desperdicios; todos van formando el riquísimo humus que permite florecer a las azucenas.

Irà a escuelas que formen almas y tengan repisas con libros de poesía en todos los pasillos. Aprenderà los saberes de los antiguos y también a dialogar con el mundo abierto más allá de las fronteras. Reconocerà como escuela el cielo abierto sobre él y el mundo entero. Tendrà a su alcance medios y personas que le ayuden a encauzar su curiosidad y a respetar todo lo aprendido por los que vivieron antes.





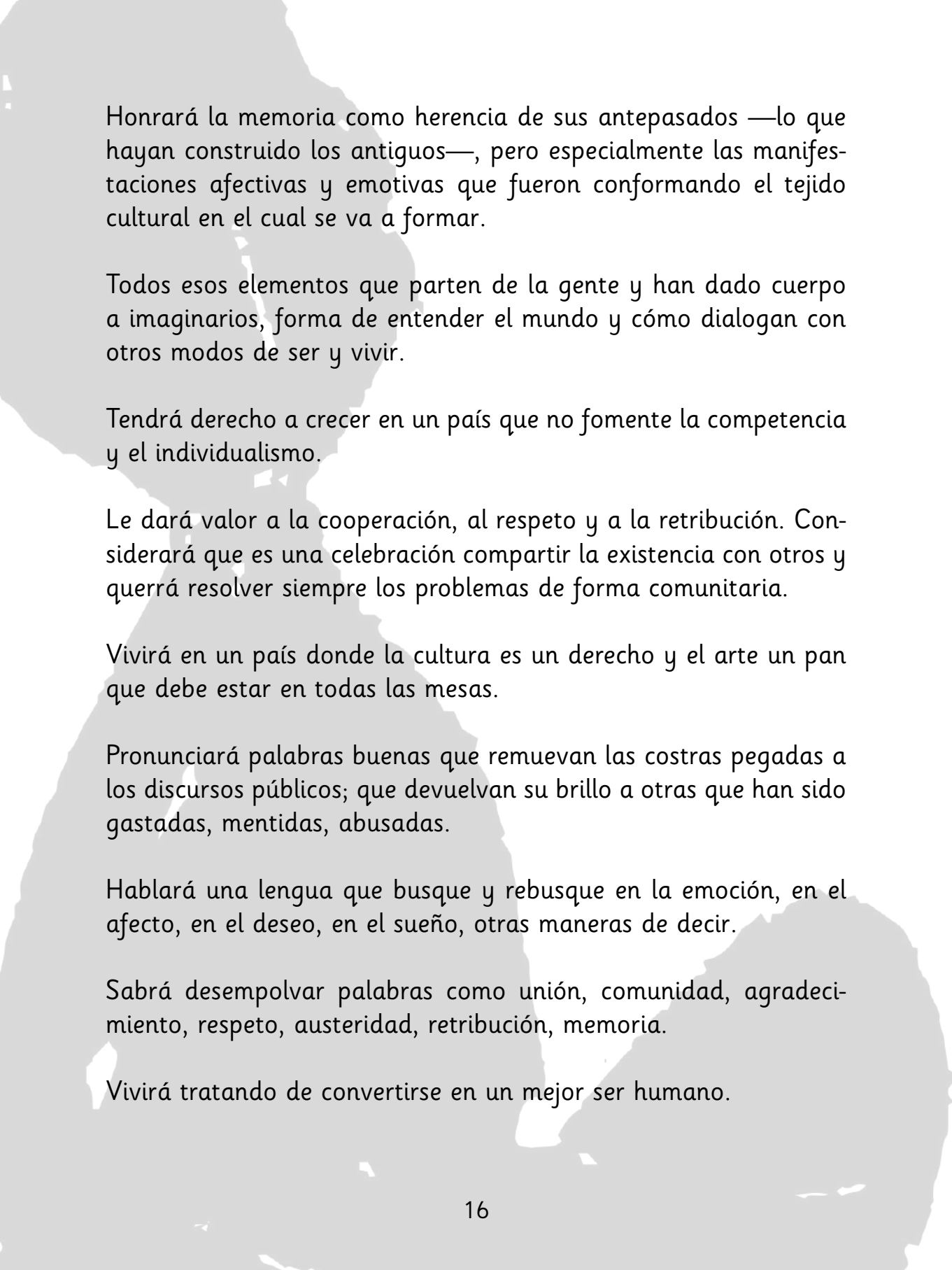
«Estoy de pie sobre la exploración, esfuerzo, descubrimientos de cientos de seres humanos como yo», dirá cuando aprenda a hablar. Tendrá derecho a recibir atención de salud antes de la enfermedad y en forma colectiva. Será propio de su entorno recuperar el espíritu, conversando tratamientos con los saberes de la experiencia de otras voces, no solo la academia occidental.

Entenderá que hay un país que lo reconoce y cree en su derecho a vivir en la comunidad de origen. En esa comunidad podrá desarrollarse, eligiendo libremente lo que quiere conservar y lo que quiere abrazar como cambio sin perder su propia cultura.

Podrá soñar y tendrá la confianza para contar, dibujar, expresar su mundo interior en el gran lienzo de su vida.

Tendrá derecho a habitar ciudades amables donde no se expulse a nadie a los extramuros. Podrá vivir en el campo o en pueblos pequeños sin que su calidad de vida se vea mermada. Aprenderá a cruzar fronteras con la seguridad de tener siempre un espacio original donde volver.

Mirará con confianza hacia la vejez porque habrá visto en el trato a sus mayores que la experiencia se valora y el respeto por su aporte al país les significa una tercera edad sin preocupaciones económicas ni de salud ni de trabajo. Un verdadero jubileo.



Honrará la memoria como herencia de sus antepasados —lo que hayan construido los antiguos—, pero especialmente las manifestaciones afectivas y emotivas que fueron conformando el tejido cultural en el cual se va a formar.

Todos esos elementos que parten de la gente y han dado cuerpo a imaginarios, forma de entender el mundo y cómo dialogan con otros modos de ser y vivir.

Tendrá derecho a crecer en un país que no fomente la competencia y el individualismo.

Le dará valor a la cooperación, al respeto y a la retribución. Considerará que es una celebración compartir la existencia con otros y querrá resolver siempre los problemas de forma comunitaria.

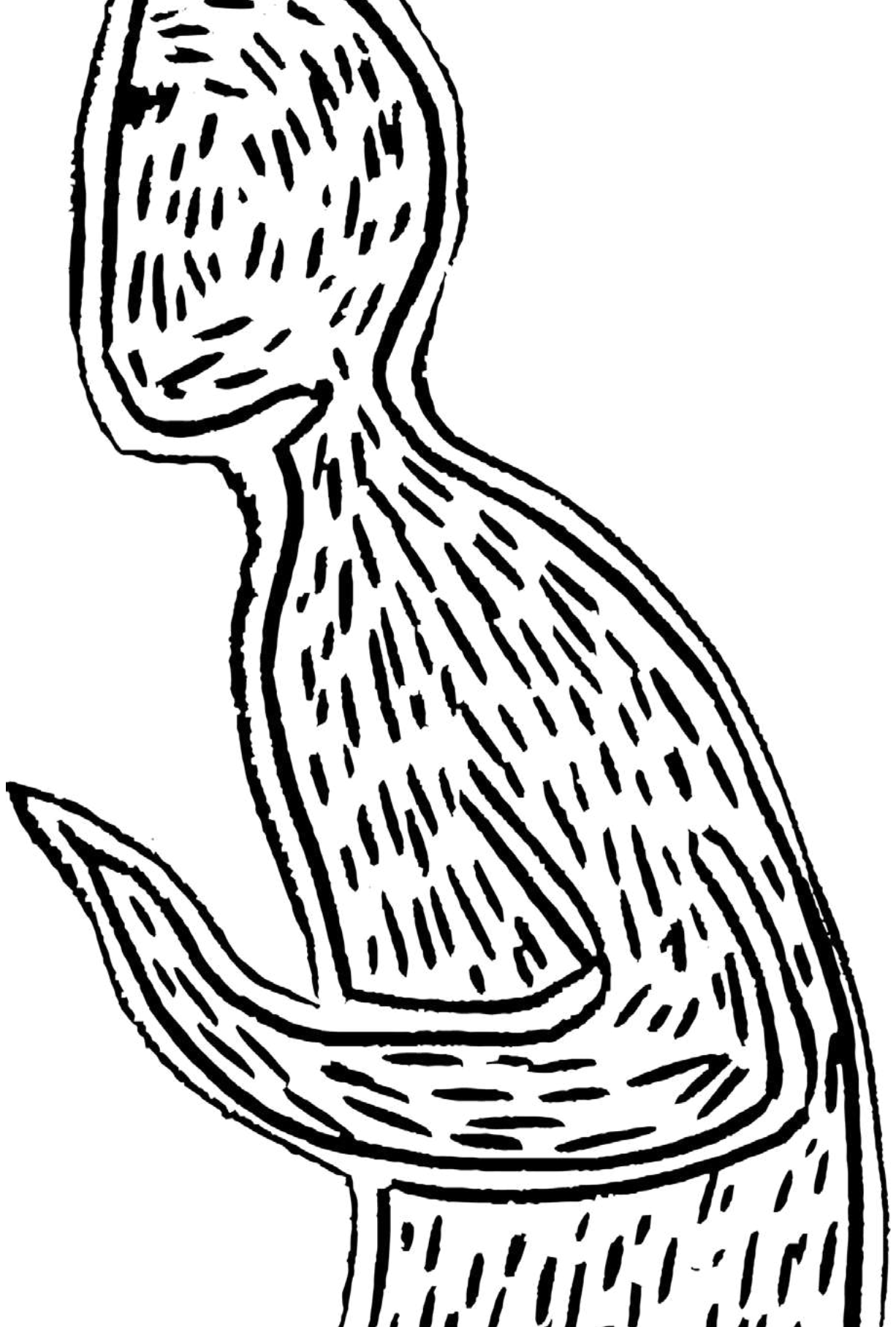
Vivirá en un país donde la cultura es un derecho y el arte un pan que debe estar en todas las mesas.

Pronunciará palabras buenas que remuevan las costras pegadas a los discursos públicos; que devuelvan su brillo a otras que han sido gastadas, mentidas, abusadas.

Hablará una lengua que busque y rebusque en la emoción, en el afecto, en el deseo, en el sueño, otras maneras de decir.

Sabrás desempolvar palabras como unión, comunidad, agradecimiento, respeto, austeridad, retribución, memoria.

Vivirá tratando de convertirse en un mejor ser humano.





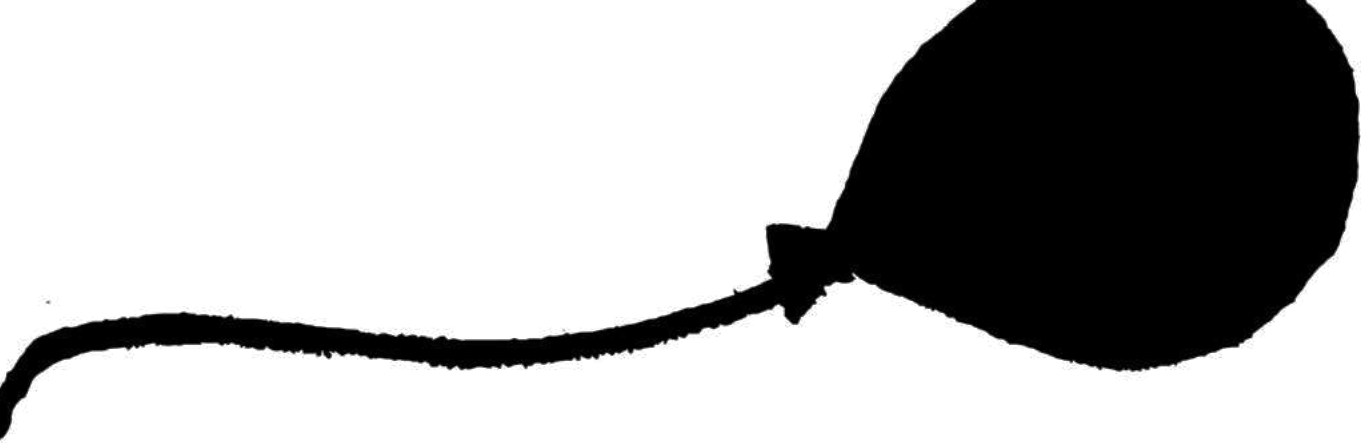




ME LLAMO GUATAPIQUE

Por Clemente Riedemann





Era una vez un niño al que llamaban “Guatapique”. Tal sobrenombre causaba gran malestar al niño y le angustiaba el no poder remediar la situación.

Como suele ocurrir, poco después de nacer, sus padres le habían puesto un hermoso nombre de pila, acompañado por dos honorables apellidos, uno de ellos correspondiente al padre y el otro a la madre. Pero toda esa formalidad quedaría de lado debido a la irrupción incontenible de aquel apodo.

Hasta aquí la vida del niño transcurría como la de cualquier otro niño. Es decir, imaginaba que el mundo se reducía a los pocos lugares que había tenido oportunidad de conocer: el patio de su casa, la huerta, el gallinero, las calles de su barrio, la plaza del pueblo donde vivía con su familia.

Otra cosa que formaba parte del mundo, según él, era un río que alguien había puesto al frente de su casa y por donde veía pasar un vapor que arrastraba lanchones cargados con piedras o con castillos de durmientes, tablones y listones. Los vapores tenían una voz ronca: «¡Oooommmm! ¡Oooommmm!», decían los vapores.

Y por el fondo del patio de su casa pasaba a cada rato un tren, que a veces en sus carros llevaba gente y otras veces iba cargado con piedras o tablones, igual que los lanchones, por lo que el niño imaginaba que carros y lanchones eran una misma cosa capaz de andar sobre el agua y sobre la tierra sin hacerse el menor problema.

El tren tenía dos voces: una ni ronca ni chillona que decía ¡Chiki chaka, chiki chaka, chiki chaka! Y otra muy aguda que sonaba algo así como ¡Wiiijjiiiii!, ¡Wiiijjiiiii! Y que le hacía taparse los oídos.

Así que para el niño el mundo era algo que se iba inventando a medida en que él se movía de un lugar a otro.

Por ejemplo, un par de veces le habían llevado a un lugar que para él era un espacio con millones de pequeñísimas piedras molidas y amontonadas, pero que —según sus padres— se llamaba “playa”; y donde, además, se le presentó ante sus ojos una enorme extensión de agua a la que esas mismas personas nombraban con la palabra “mar”. ¿Cómo una cosa tan grande podía tener un nombre tan corto?, pensaba entonces.

A propósito de las personas, a esa edad el niño pensaba que solo sus padres, sus tíos, sus tías y los amigos de sus padres tenían derecho a llamarse “personas” y que tal beneficio era algo que solo se podía obtener creciendo en estatura. «¡Cuándo seré grande —se lamentaba el niño— para poder moverme a solas por el mundo!».

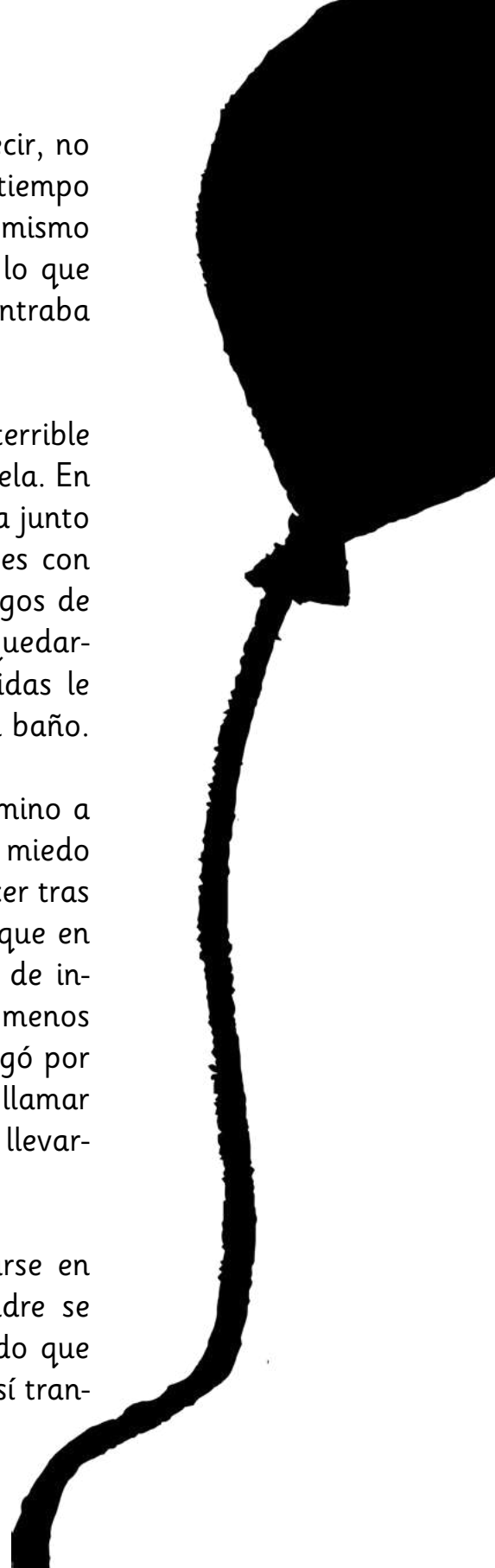
Otra cosa que el niño imaginaba tenía que ver con el cielo. Él estaba convencido que cada lugar tenía su propio cielo. Había un cielo sobre su casa y su patio y había un cielo distinto sobre las casas de sus amigos y otro sobre la plaza de la ciudad. Y así,

cada pueblo tenía su propio cielo. Es decir, no comprendía los conceptos de espacio y tiempo por separado, sino que para él eran un mismo asunto. Lo único que le importaba era lo que estaba ocurriendo allí donde él se encontraba en cada momento.

Todo parecía ir bien, hasta que llegó el terrible día en que fue por primera vez a la escuela. En el mundo que imaginaba siempre se veía junto a su mamá o su papá, unas pocas veces con sus tías o tíos y casi nunca con los amigos de sus padres, por lo que la sola idea de quedarse mucho rato con personas desconocidas le causaba miedo y muchas ganas de ir al baño.

Y así fue. Cuando iba con su madre camino a la escuela por primera vez, iba tieso de miedo y cuando vio la silueta de ella desaparecer tras la puerta de la sala de la guardería —que en su pueblo llamaban “kínder”— rompió de inmediato en un llanto que sonaba más o menos así: ¡Buuuuu! ¡Buuuuu!, y que se prolongó por demasiado rato, al punto que hubo que llamar a su madre para que fuese a recogerle y llevarle de regreso a casa.

Al día siguiente, el niño aceptó quedarse en la guardería siempre y cuando su madre se quedase junto a la ventana, de tal modo que él pudiese mirarla de vez en cuando y así tran-

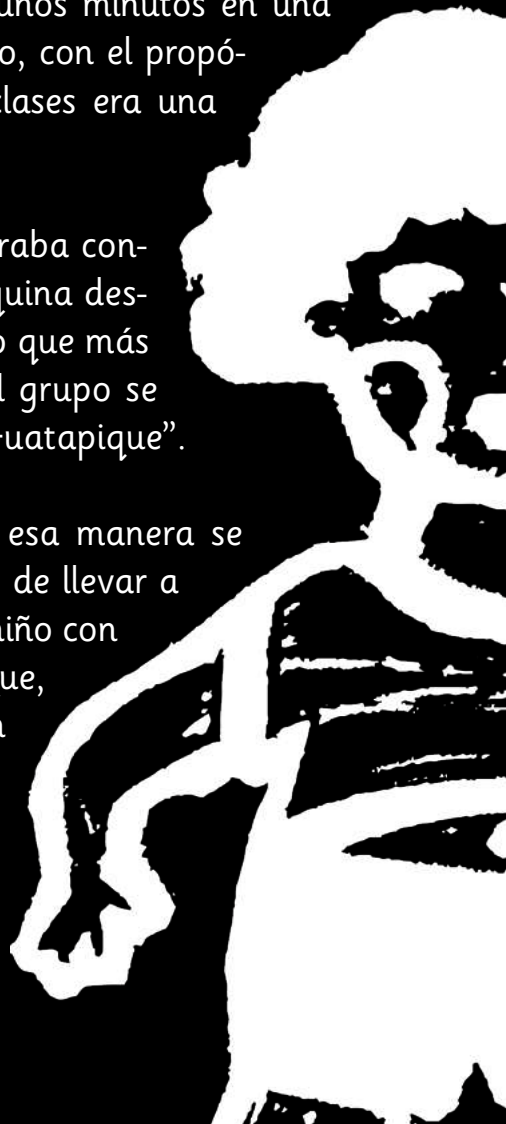


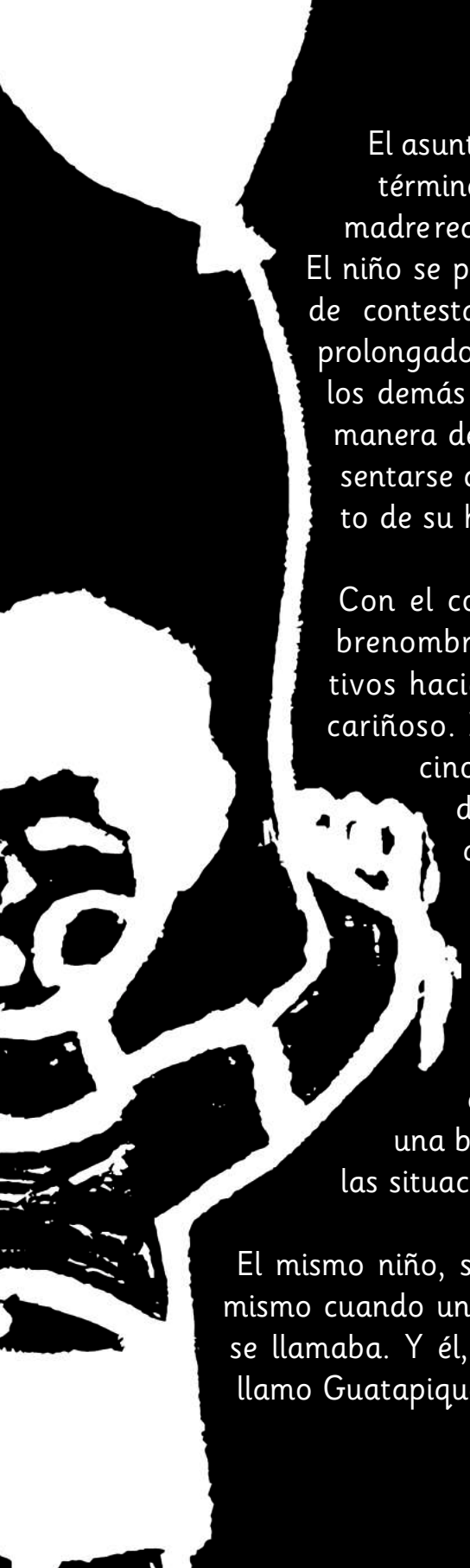
quilizarse. Esto le permitió entrar en relación con los otros niños del kínder y concentrarse en hacer dibujos o armar rompecabezas. Poco a poco el juego le fue gustando y cuando al cabo miró hacia la ventana y no vio a su madre, ya no sintió deseos de ponerse a llorar.

Pero las cosas en el nuevo mundo no iban a ser tan agradables como le parecieron en un comienzo. El niño era gordito y de tanto en tanto, a causa de algún movimiento brusco, se le escapaba uno que otro pedo, lo cual generaba el reclamo de sus compañeros y compañeras de mesa, quienes no tardaron en denunciarlo con la profesora. Esta lo sancionó ubicándolo por unos minutos en una esquina de la sala, a la vista de todo el curso, con el propósito que aprendiesen que tirarse pedos en clases era una conducta que sería castigada.

El niño sufría entonces, pues no siempre lograba controlar las erupciones y su presencia en la esquina destinada a los castigos se hizo frecuente, por lo que más temprano que tarde a uno de los chicos del grupo se le ocurrió llamarlo con el terrible mote de “Guatapique”.

Cuando al cabo de un tiempo llamarlo de esa manera se puso de moda en el curso, la profesora hubo de llevar a la esquina-cárcel a todo quien se dirigiese al niño con el mote de “Guatapique”, con el resultado que, en efecto, dejaron de usar el sobrenombre en clases, pero el niño acabó siendo odiado por sus compañeros y estos encontraron en los recreos el momento ideal para vengarse.





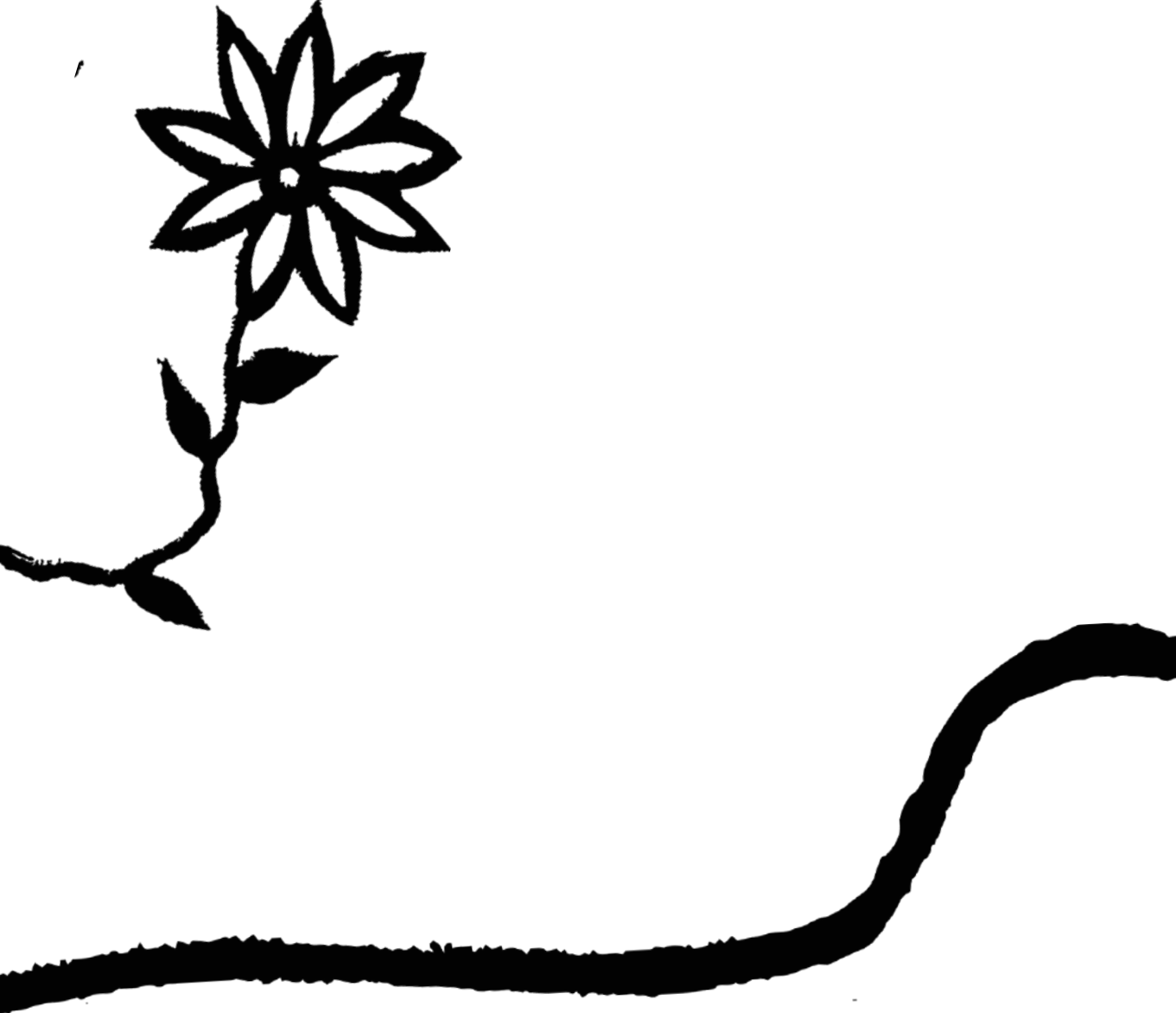
El asunto llegó a mayores un mediodía cuando, al término de la jornada escolar, el niño escuchó a su madre recibirle con un “¿Cómo está mi Guatapique?”. El niño se puso tan nervioso que no halló otro modo de contestarle sino con un gran pedo sonoro y prolongado que obligó a desviarse de su camino a los demás transeúntes. Su pobre madre no hallaba manera de controlar la risa y al mismo tiempo presentarse con la debida seriedad frente al sufrimiento de su hijo.

Con el correr de las semanas y los meses el sobrenombre evolucionó desde sus orígenes despectivos hacia una suerte de otro nombre, natural y cariñoso. Incluso sus parientes cercanos y los vecinos del barrio solían saludarle levantando una mano desde lejos con un «¡Hola, querido Guatapique!».

«Es la naturaleza humana», le dijo años después el único abuelo que le quedaba. «Lo que parece bueno en un comienzo puede ser malo después; y lo que nos daña al principio, puede convertirse en una bendición. La vida cambia el significado de las situaciones».

El mismo niño, siendo ya adolescente, se sorprendió a sí mismo cuando una chica que le gustaba le preguntó cómo se llamaba. Y él, confiado y sonriente, le respondió: «Me llamo Guatapique».







CUANDO EL PAISAJE SE VUELVE MÚSICA

Por Camila y Silvio



Nosotros somos Camila y Silvio. Somos un dúo que toca música tradicional de las regiones andinas, que son lugares que están en las cercanías de la cordillera de los Andes. Estas músicas han nacido del sentimiento de muchos pueblos que han vivido durante cientos de años, y que acompañaban y acompañan aún momentos importantes de la vida de la gente, como los nacimientos, los trabajos de la tierra y los carnavales de agradecimiento a la Pachamama, la madre tierra que todo nos da.

Empezamos a cantar juntos cuando tuvimos a nuestro primer hijo, Tristán. Cuando él era guagua pasábamos mucho tiempo en la casa, cuidándolo y formando nuestra nueva familia. En esa intimidad de nidito, la voz comenzó a salir de a poco y comenzamos a disfrutar mucho el cantar juntos. Sin importarnos si lo hacíamos bien o mal, cantábamos con fuerza y emoción. Y de repente, sin darnos cuenta, los amigos y familiares más cercanos querían escucharnos, nos pedían que cantáramos para los cumpleaños y las fiestas. Entendimos entonces lo bien que nos hace cantar. Nos recuerda que estamos vivos, y que cantando nos podemos sanar de las tristezas y celebrar las alegrías.

SILVIO



Yo, Silvio, crecí en la décima región, a las orillas de un río que se llama Maullín, que conecta el lago Llanquihue con el mar. Desde muy pequeño pude jugar y recorrer por los bosques nativos que están llenos de canelos, coigües, mañíos, tepas, trihues y muchos árboles más. Me encontré también con muchos animales que viven en él: pumas, zorros, güiñas, liebres y chucos. Siempre fue una sorpresa y una alegría poder conocerlos y ver como se mueven y viven en el monte.

Desde chico me gustó siempre la música. Un día que fui a un rodeo con mi papá, vi una banda de cumbia que estaba instalando sus instrumentos para tocar en la fiesta después del rodeo. Ahí vi una batería y fui a preguntarle al dueño si podía tocarla. En ese momento me enamoré del instrumento y le pedí a mi papá si me podía regalar una. En ese entonces era difícil y caro comprar un instrumento así. Pero un tiempo después, mi

CAMILA



Yo, Camila, crecí en Santiago, pero no en ese Santiago de la ciudad. Crecí en La Florida, cuando aún quedaba campo, con gente que criaba ovejas y caballos. Siempre jugando afuera en el patio, subida en los árboles y saltando a través del canal que regaba mi casa. La música siempre estuvo en mi vida. Mi papá tocaba guitarra y de a poco cada uno de mis cinco hermanos empezó a tocar un instrumento.

En el colegio tocaba flauta y luego aprendí a tocar el piano. No era muy buena para estudiar, pero sí me emocionaba mucho al escuchar las distintas canciones e instrumentos.

Mi papá hacía que la música fuera nuestra manera de conectarnos. Traía músicas extrañas, de otras tierras, con instrumentos especiales que no conocía.

Aun con la música siempre de compañera, jamás pensé en trabajar en eso. Siempre admiré mucho a los que podían tocar y

SILVIO



papá me regaló una. Yo la encontraba gigante y sonaba muy fuerte, lo que me encantó. Él mismo empezó a enseñarme las primeras formas de tocar y me fui enamorando cada vez más.

Fui creciendo y en mi casa me encontré una guitarra eléctrica que estaba guardada en un rincón. Era de color negro y dorado, con cuerdas de metal. Tenía un sonido muy dulce y a la vez podía sonar muy duro. Mi papá tocaba a veces, y me encantaba escucharla. Él trabajaba mucho en el campo, así que una tarde la saqué de su funda y empecé a conocerla, a sentir su sonido y cómo es que se podía hacer música. En ese tiempo apenas existía Internet y yo no tenía conexión ni computador. Tampoco tenía televisor ni un celular. Así que lo que más me podía ayudar eran los cancioneros, que son revistas con las letras y los dibujos de los acordes de la guitarra. Empecé aprendiéndome las canciones de Silvio Rodríguez y también sacando por oído canciones de

CAMILA



cantar, y me pasaba observándoles. No sabía que escuchar era tan importante para aprender. Siendo niña pasé mucho tiempo bailando flamenco y ballet. Y luego, cuando fui más grande, entré a estudiar teatro. Me gustaba expresar, transformarme, jugar a ser muchas cosas.

Todo eso fue modelándome, como la arcilla que se transforma en vasija, y me volví cantora y bombista. Siempre estoy aprendiendo de los músicos con los que tengo oportunidad de compartir. Y el entorno y la naturaleza me hacen querer expresar mucho de lo que veo y vivo.

A pesar de que quizás una no sea tan buena, la vida te enseña y te hace perfeccionar lo que quieres hacer y cómo lo quieres hacer. Entonces te vas encontrando en el canto o en el instrumento que tocas. La música es una forma de expresarnos, al igual que las palabras y nuestra manera de movernos.

SILVIO



Los Miserables, un grupo chileno de punk que en ese momento yo encontraba lo mejor.

Entonces hice mis primeras bandas en el colegio, con las que tocábamos rock en inglés. También me invitaron a tocar en la banda de misa del colegio, con puros chicos más grandes que yo, y aprendí mucho.

Después entré a estudiar en un conservatorio en Santiago. Me fue muy difícil estudiar ahí, porque me sentía muy lejano a la música clásica y a la forma de ver y sentir la música que existe en los conservatorios, con mucho pensamiento. Así que cuando terminé traté de olvidarme de lo que había aprendido y me interesé por la música folclórica.



Nos conocimos en la universidad, en tiempos del movimiento estudiantil de Los Pingüinos. Un grupo de estudiantes de la carrera de Licenciatura en Arte nos tomamos el edificio donde estudiábamos y nos organizamos. Ahí, un día de lluvia, debajo de un toldo, nos conocimos. Nos mostramos mucha música y escuchamos durante horas. Y nos enamoramos.

Juntos empezamos a tocar canciones de Los Jaivas, de Illapu y de grupos peruanos y bolivianos, muy encantados de los sonidos y los instrumentos que se ocupan. Tanto nos gustó que nos fuimos de viaje, buscando gente que hiciera música folclórica, cantando y tocando. Conocimos muchos lugares de Argentina, y buscando encontramos a músicos increíbles que nos enseñaron sobre los estilos que existen en ese país: la chacarera, la zamba, la vidala y muchos otros. Viajamos durante un año, conociendo, aprendiendo y sobre todo tocando en las calles para poder seguir viajando.

En un momento nos cansamos de viajar y decidimos volver al sur, a la décima región, la hermosa Región de Los Lagos. Ahí fue cuando nos volvimos a encontrar con el bosque, el río, los volcanes, los cerros y el mar del Seno de Reloncaví. Nos dimos cuenta que nos gustaba mucho la música andina, pero que necesitábamos expresar nuestros sentires respecto a este territorio tan profundo y hermoso. Expresar lo que hacía en nosotros la fluidez del agua, la fuerza del viento, la frescura de la lluvia, el frío de la tierra, la dureza de las piedras, la oscuridad de la noche y la tibieza del sol cuando amanece. Todo lo que nos da la esperanza y la alegría para disfrutar la vida, y que está ahí siempre con nosotros acompañándonos y perfumando nuestros días.

Así fue que decidimos empezar a hacer nuestras propias canciones.
La primera que hicimos se llamó “En la soledad del monte”.

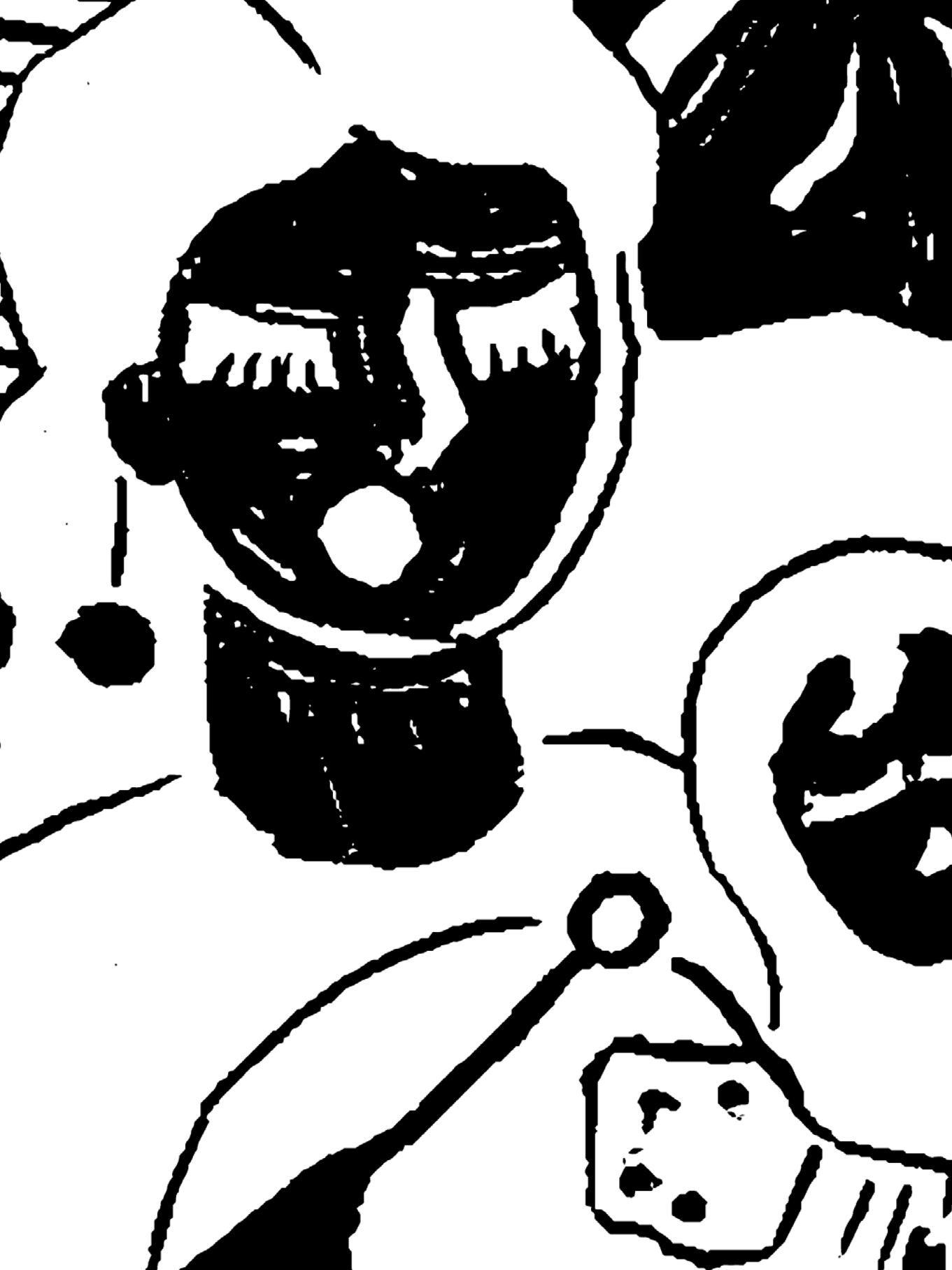
*En la soledad del monte
Se despierta el canto mío
Y en la resonancia brilla
Mi oración de vuelta al viento*

*Sobre el calor de las piedras
Que emerge de su silencio
Siento mi paso en destierro
Baila mi raíz en el cielo*

*Mi corazón se va
Cuando estoy
Se va río abajo
Y cerro arriba*

En esta canción contamos cómo fue encontrarse con el propio canto y con la propia poesía. Cómo se despierta la inspiración cuando uno esta en soledad, sin distraerse, en comunicación con la naturaleza y también con lo que sucede dentro nuestro cuando miramos lo que está afuera, lo que nace, crece y muere.

Nuestra música se ha alimentado y se sigue nutriendo de esas experiencias sencillas y profundas de conexión con el paisaje de nuestra tierra. Estamos convencidos de que si uno está en silencio y pone mucha atención el paisaje habla y a veces hasta se le oye cantar.






Libertad



EN EL PÁJARO VUELA UNA BANDADA DE CIELOS

Por Andrés Urzúa de la Sotta







Pensaba hoy, esta mañana, antes de levantarme a preparar la leche de mi hijo Clemente: ¿Qué sentido tiene la poesía para mí? Sí, para mí. No para ti ni para usted ni para ustedes. Porque el sentido es personal, aunque la realidad sea colectiva. Y me acordé de un poema que escribí. Se llama “La Marinita” y está en mi libro *Gracias por favor concedido*, el cual trata sobre una serie de animitas chilenas. El poema dice así:

*El mismo año de la liberación de Auschwitz
del nacimiento de Bob Marley
del bombardeo de Dresde
de las muertes de Roosevelt, Ana Frank y Mussolini
del suicidio de Hitler
de la Tragedia del Humo
de Hiroshima y Nagasaki
del fin de la Segunda Guerra Mundial
del discurso de Sartre sobre el Existencialismo
de la fundación de la ONU
de los Juicios de Núremberg
del Premio Nobel de Mistral*

fue asesinada la Marinita.





Este poema, en mi opinión, habla sobre la justicia. O más bien sobre un tipo pequeño de justicia: la justicia poética. Es una justicia extraña, que solo habita en el texto. Que si bien no se da en la realidad cotidiana, en el poema emerge con fuerza. Floridor Pérez, un poeta profesor o un profesor poeta que siempre andaba acarreando una goma gigante para enseñarnos a borrar y a corregir las palabras, decía, parafraseando a Vicente Huidobro, que en un poema «un pájaro puede ser el cielo si tú quieres. Y eso no se da en ninguna parte. La poesía es el último refugio de la utopía».

Creo que algo de eso hay en mi poema “La Marinita”. Una forma de entender la poesía que tiene que ver con cómo queremos mirar y pensar la realidad, con cómo quisiéramos que fuera la realidad. Para Huidobro, como decía Floridor, «un pájaro puede ser el cielo». Ese parece ser el anhelo del autor de *Altazor*: tener la libertad total para pensar que un pájaro no es necesariamente un pájaro y que el cielo no es necesariamente el cielo. Que las nubes trinan, ponen huevos y aletean. Que las estrellas

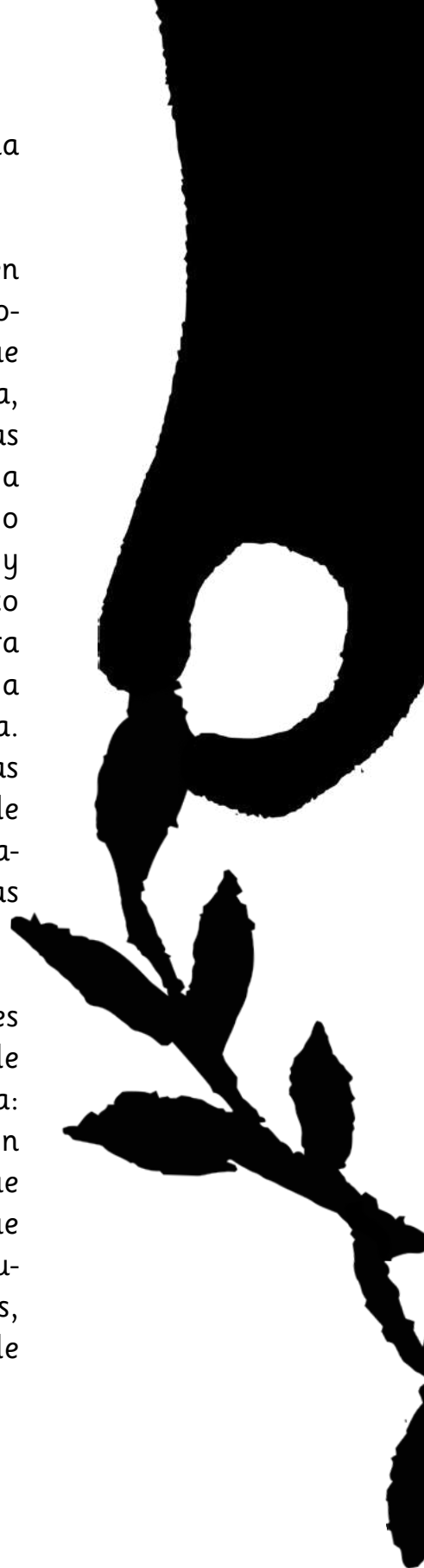


«La libertad no es digna de tener si no incluye la libertad de cometer errores»
MAHATMA GANDHI

gorjean al anochecer. Que en el pájaro vuela una bandada de cielos.

Julio Cortazár, el narrador argentino, también dice algo que se relaciona con lo que mencionan Floridor y Vicente Huidobro: «Yo creo que desde muy pequeño mi desdicha y mi dicha, al mismo tiempo, fue el no aceptar las cosas como me eran dadas. A mí no me bastaba con que me dijeran que eso era una mesa, o que la palabra madre era la palabra madre y ahí se acaba todo. Al contrario, en el objeto mesa y en la palabra madre empezaba para mí un itinerario misterioso que a veces llegaba a franquear y en el que a veces me estrellaba. En suma, desde pequeño, mi relación con las palabras, con la escritura, no se diferencia de mi relación con el mundo en general. Yo parezco haber nacido para no aceptar las cosas tal como me son dadas».

En el fondo, creo que todos estos escritores están hablando de la libertad. Pero no de cualquier libertad, sino de una muy precisa: la libertad para pensar que las cosas no son lo que los demás nos dicen que son, sino que pueden ser lo que nosotros queramos. Y que incluso tenemos la responsabilidad de descubrir nuestro significado personal de las cosas, con el fin de tener una visión autónoma de ellas, de las palabras y de la realidad.






«El tipo más importante de libertad es ser lo que realmente eres»
JIM MORRISON

Volviendo a mi poema “La Marinita”, quisiera creer que se relaciona con mi sentido personal de la justicia. Esa justicia poética y pequeña de la que hablaba anteriormente. Una justicia que tiene que ver con mi concepción igualitaria de la importancia de las personas en el tiempo histórico, más allá de su fama o de su renombre.

Si se fijan, la Marinita, que fue una niña chilena desconocida que murió de manera trágica en 1945, falleció el mismo año en el que ocurrieron grandes sucesos de la historia universal o en el que nacieron o murieron grandes personajes, como el fin de la Segunda Guerra Mundial, el Premio Nobel de Gabriela Mistral, la muerte de Ana Frank o el nacimiento de Bob Marley. Mi idea en ese poema, entonces, fue situar a la Marinita a la misma altura que esos grandes acontecimientos y personajes de la historia. Y sobre todo, aunque sea en el espacio reducido del texto, intentar recordarla, rendirle tributo a su memoria. Esa fue mi forma personal de aplicar la libertad en el texto poético: hacer un pequeño gesto de justicia y de memoria. Quizá muy diferente a las formas de la libertad que proponen Huidobro, Floridor o Cortázar. Y probablemente muy distinta a la forma en la que ustedes emplearían la libertad.



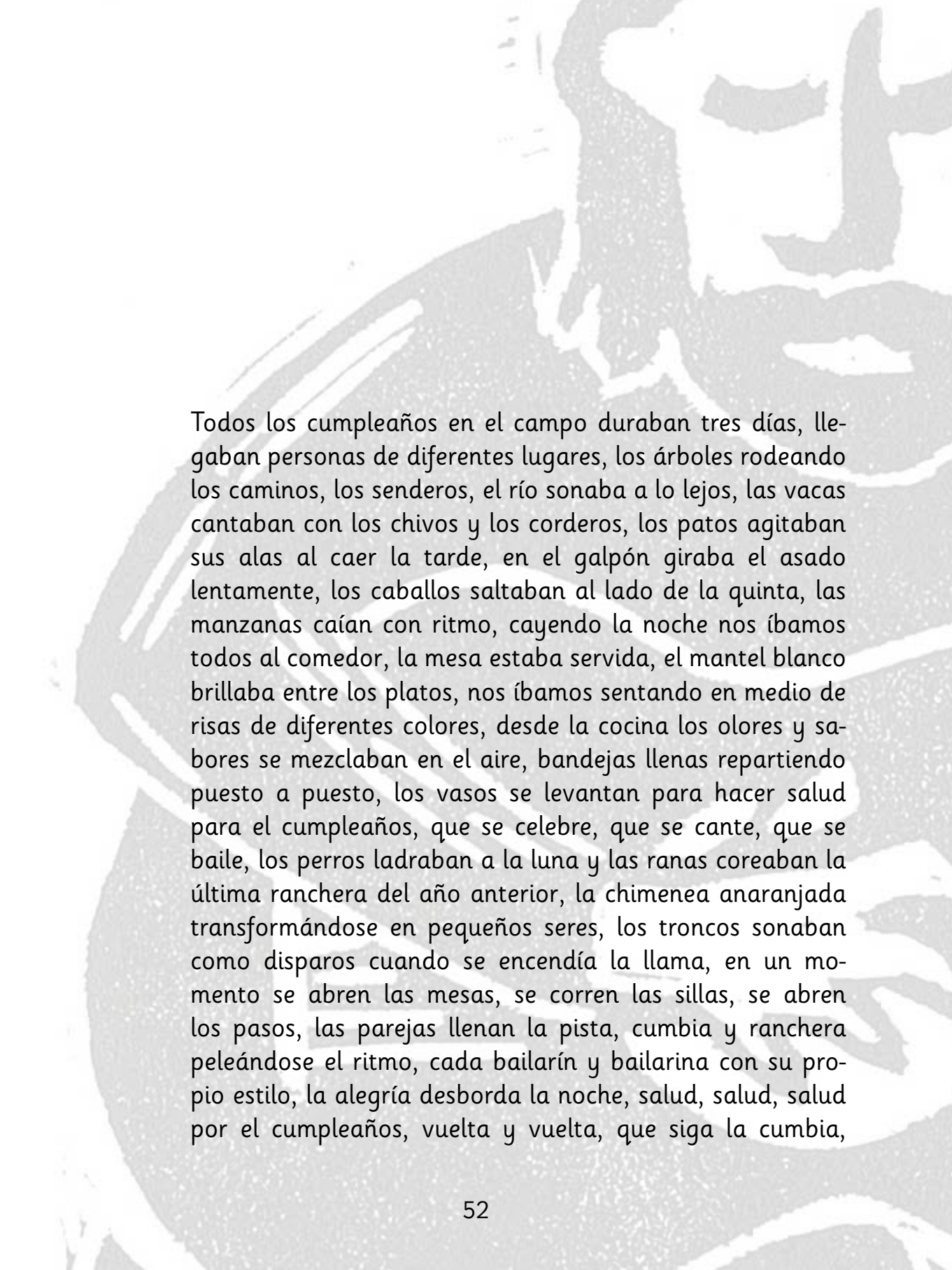






MI PRIMERA CLASE DE MÚSICA

Por Javier Aravena



Todos los cumpleaños en el campo duraban tres días, llegaban personas de diferentes lugares, los árboles rodeando los caminos, los senderos, el río sonaba a lo lejos, las vacas cantaban con los chivos y los corderos, los patos agitaban sus alas al caer la tarde, en el galpón giraba el asado lentamente, los caballos saltaban al lado de la quinta, las manzanas caían con ritmo, cayendo la noche nos íbamos todos al comedor, la mesa estaba servida, el mantel blanco brillaba entre los platos, nos íbamos sentando en medio de risas de diferentes colores, desde la cocina los olores y sabores se mezclaban en el aire, bandejas llenas repartiendo puesto a puesto, los vasos se levantan para hacer salud para el cumpleaños, que se celebre, que se cante, que se baile, los perros ladraban a la luna y las ranas coreaban la última ranchera del año anterior, la chimenea anaranjada transformándose en pequeños seres, los troncos sonaban como disparos cuando se encendía la llama, en un momento se abren las mesas, se corren las sillas, se abren los pasos, las parejas llenan la pista, cumbia y ranchera peleándose el ritmo, cada bailarín y bailarina con su propio estilo, la alegría desborda la noche, salud, salud, salud por el cumpleaños, vuelta y vuelta, que siga la cumbia,

que llenen los vasos, ¿ya partieron la torta?, se escuchan carreras en el corredor, hay cola para ir al baño, habiendo tanto campo, tomando bebida y comiendo chivo, papas cocidas, ensalada rusa y a la chilena, de repente mi padre me llama y me dice tienes que ir a bailar, anda a la pista, invita a una de las mujeres amablemente y si acepta bailan juntos, no importa si es grande, lo importante es bailar, no sé cómo tomé valentía y me fui al comedor, la pista estaba llena, sonaban Los Reales del Valle, “Mariposa vanidosa que vuelas de rosa en rosa, con el amor no se juega, el amor es otra cosa”, y con mucho nerviosismo comienzo a caminar a hacia ella, no recuerdo si le hablé, si le pregunté, y ya estábamos bailando, hace pocos días recién había cumplido cinco años, y ese día quedó para siempre en mí, fue la primera vez que saqué a bailar a la vida, con ritmo, con pulso, con velocidad, tenía que hacerlo en sintonía con quien bailaba, teníamos que danzar juntos, para eso hay que disponerse a llevar una misma coreografía, ahora que soy músico me doy cuenta que esa noche fue mi primera clase de música y mi padre mi primer profesor.

DE LA PELOTA A LA GUITARRA

Todas las navidades esperaba un solo regalo, que después de algunos años ya todos sabían cuál era, alrededor del árbol esperaban envueltos en papeles con una rosa roja, verde, azul o blanca, el mío era redondo, yo esperaba con ansias el momento para abrirlo, mi madre preparando la cena, mi padre encendiendo el fuego en el patio, vivíamos en una casa grande en el barrio Las Ánimas, muy cerca del río, nos sentábamos en la mesa con los ojos hacia el árbol iluminado, intentando descubrir lo que había detrás de la envoltura, el mío redondeando la escena, en ese tiempo era capaz de jugar hasta tres partidos diarios, uno en la mañana y dos en la



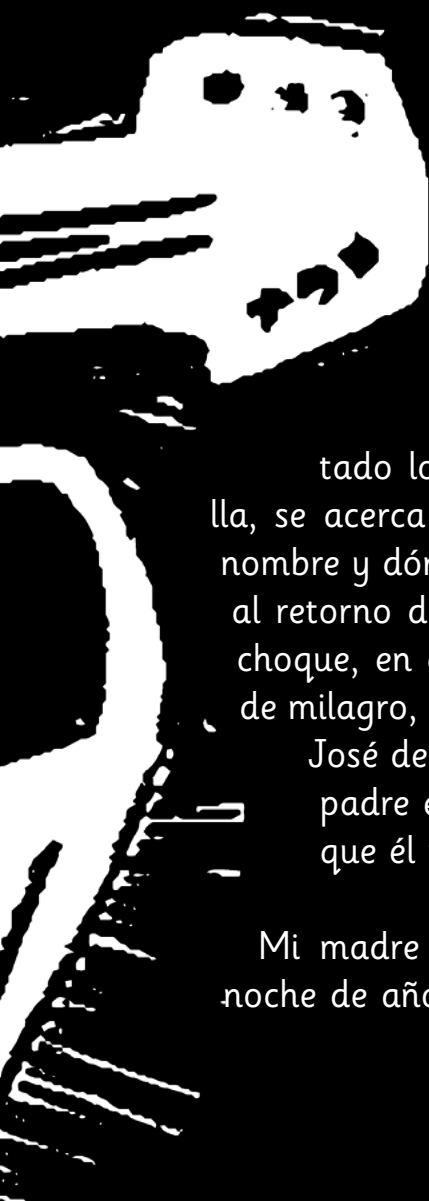
tarde, algunas veces después de la última pichanga nos íbamos a la rampla del club de remo que se transformaba en una playa improvisada que flotaba desde el borde del agua, el cual se utilizaba para que los remeros regresaran con sus botes y para sacarlos del agua cada vez que terminaba el entrenamiento.

Ese año 1982 recibí como todos los años una pelota de fútbol de regalo, soñaba con hacer un gol por la selección chilena a estadio lleno, yo sería futbolista sin ninguna duda, un equipo le ofreció a

mis padres llevarme a Santiago para que fuera futbolista, tenía 11 años, mis padres decidieron no aceptar porque si lo hacían no sería un hermano de mis hermanos, mi padre tenía que hacer el último viaje ese 31 de diciembre, lo acompañé en la camioneta, íbamos al campo y él tenía calculado que regresaríamos antes de la cena de año nuevo, me quedé dormido al regreso y cuando desperté

estaba en un hospital, pensé que me habían rapado los extraterrestres, estaba amarrado a una camilla, se acerca un médico y una enfermera, me preguntan mi nombre y dónde vivo, a lo que respondí bien, me explican que al retorno del viaje con mi padre sufrimos un accidente, un choque, en el cual nos estrellamos con un bus, yo me salvé de milagro, incluso me habían dado la extremaunción en San José de La Mariquina, llevaba 10 días inconsciente y mi padre estaba muy grave, yo de alguna manera entendí que él no iba a tener la misma suerte que yo, y así fue.

Mi madre tuvo que conseguir un equipo de médicos, la noche de año nuevo, gracias a un vecino que la acompañó a



donde fuera para que me pudieran operar, los médicos le confesaron a mi madre que era muy difícil que me salvara, pero ocurrió el milagro, desperté a los 10 días y uno de los efectos del golpe en mi cabeza era la pérdida de motricidad fina, o sea no podía tomar sopa sin ayuda, no podía hacer el movimiento de llevar con exactitud la cuchara a mi boca.

Claramente ya no podría ser futbolista, dentro de las terapias de recuperación el médico le sugirió a mi madre que comenzara a tocar algún instrumento musical, como el piano o la guitarra, un señor que era profesor en la cárcel llevó la primera guitarra que tuve, hecha completamente en la cárcel, me gustó y comencé a conocerla, mi primer profesor fue el peluquero del barrio, me enseñó las primeras notas, poco a poco fue entrando en mi vida y en la adolescencia, a los 16 años aproximadamente, ya era parte de mí, sabía acordes, me puse a cantar y guiado por cancioneros nacieron los primeros versos, las primeras estrofas, las primeras melodías, sin darme cuenta estaba escribiendo canciones, cuando salí del colegio no sabía qué hacer con mi vida, solo me gustaba cantar y escribir canciones, entré a estudiar Pedagogía en Música y a los 24 años decidí ser músico, por eso siempre digo que yo soy músico por accidente, y ahora quiero llenar estadios, pero cantando.

MIS PRIMEROS CANTOS

No recordaba que siendo muy pequeño tenía una guitarra de plástico de colores que me acompañaba a todas partes, tenía 4 o 5 años, fuimos a ver a nuestros abuelos a Pichi Ropulli, mi abuelo era un hombre analfabeto, vivían frente a la estación de trenes, esa tarde le pedí a la Rosita que me presentara, que quería cantar, con bastante temor lo hicieron, me presentaron, mi abuelo



era una persona que podía echar a todas las personas de la casa, porque algo le molestaba o no le parecía bien, me dispongo a cantar por primera vez en mi vida, solo y frente a todos, y no se me ocurre nada mejor que imitar a mi abuelo cantando, que tenía un vibrato bien particular, y además una canción compuesta por él, por supuesto todo el mundo esperaba lo peor, lo veían como una burla y que seguramente no la terminaría de cantar y estaríamos todos fuera de la casa, dicen que el viejo se emocionó, se aprendió mi canción el chiquillo, comentó, y desde ese momento pasé a ser el regalón.

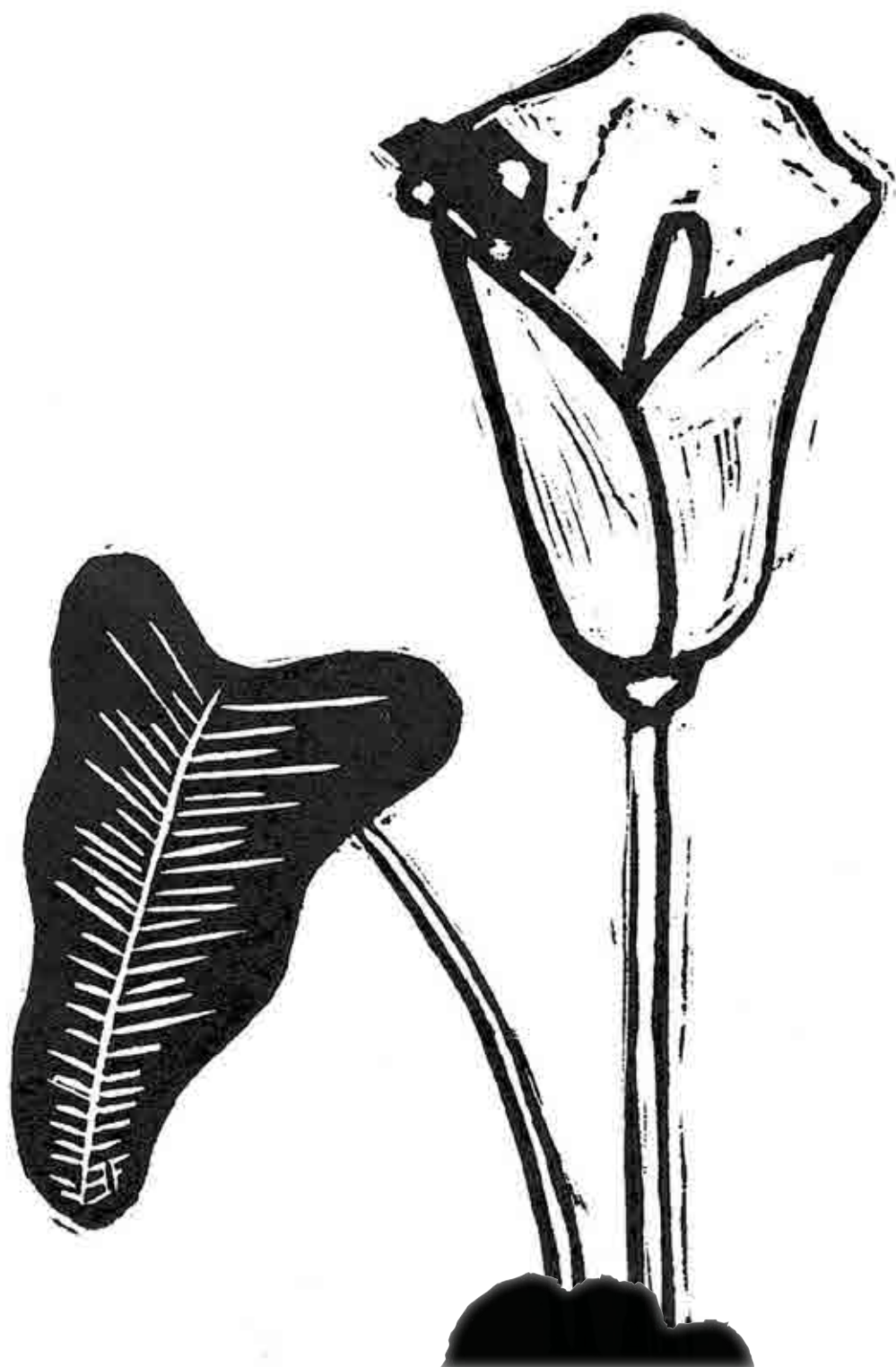
Unos años más tarde canté, imitando a Rafael de España, “La Noche”, era el cumpleaños de mi padre y creo que fue durante la tarde, entré por una puerta del costado al living y canté como si yo fuera el original, había cumplido recién 6 años.

En cuarto básico me incluyeron en un coro para el acto de fin de año, “El tamborilero” fue la obra, fuimos elegidos dos solistas, quien escribe y el Kike Mandiola, cuando llegamos a la universidad, los dos, en tiempos paralelos, formábamos parte de bandas y éramos los cantantes.

Hoy sigo siendo ese niño que siente y hace, que se deja llevar por la marea de la música, que dedica tiempo a jugar con los sonidos de una guitarra, de un piano, a cantar, a escribir canciones, nunca pensé que este sería mi camino, cuando tuve que tomar la decisión de qué hacer con mi vida, a qué me dedicarme, la ruta ya estaba señalada, lo dejé todo por la música.

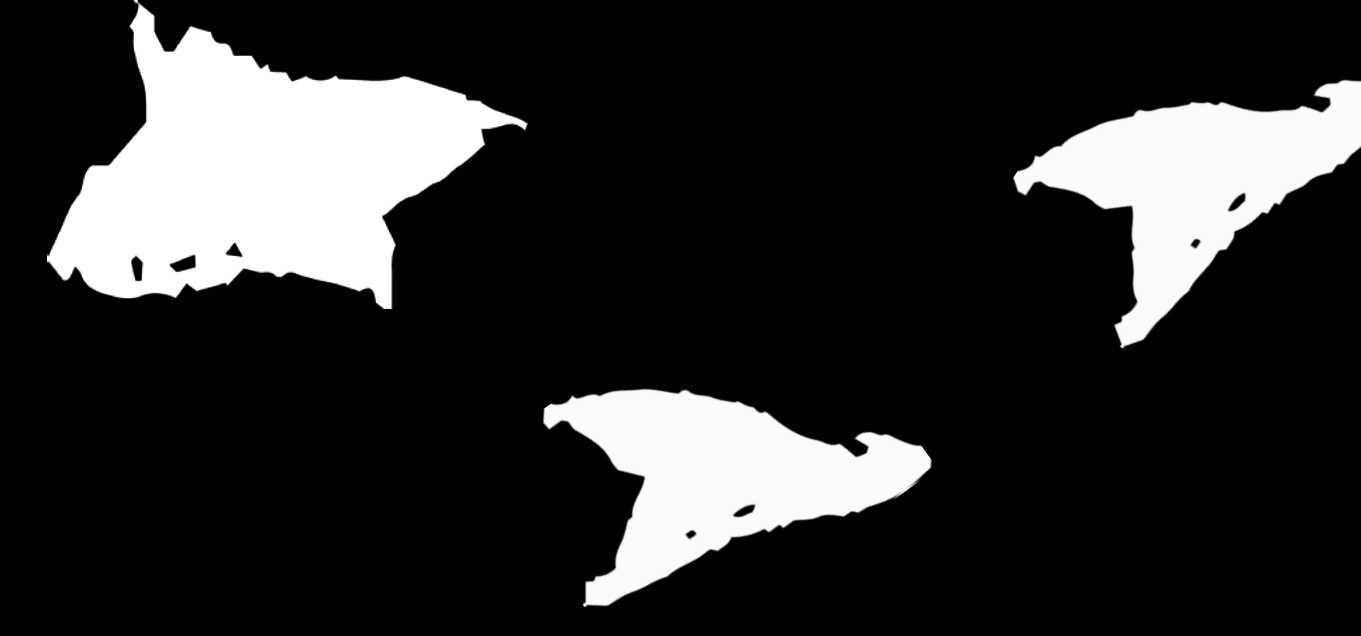






SER MADRE

Por Priscilla Cajales





Hay tantas cosas que se dicen sobre ser madre y que no son del todo ciertas, y tantas otras que no se cuentan, que comencé a pensar sobre esta experiencia y este pensamiento se cruzó con la forma de estos poemas que les envío.

I
temo que
pocos serán los recuerdos
que en verdad compartamos

no olvidaré, por ejemplo
las veces
que creí escuchar
que caías

por la escalera
o la vez que
al lanzar un zapallo al aceite caliente
me quemaste el brazo derecho





la vez que lograste al fin
enterrar mis piernas
en la arena

o tus uñas mordidas y negras
cuando volvías del parque

no recuerdo, corazón
tus primeras palabras
no estoy segura
de que la ropa guardada en el clóset
sea realmente la primera

estoy segura
de haber olvidado
también
la primera canción que aprendiste
de memoria

seguro no compartiremos los mismos recuerdos
y discutiremos
sobre dónde celebraste
tu primer cumpleaños
conmigo

II
no importaba
cuántas veces
te explicara

que la planta que adornaba
la mesa de centro
no era una planta carnívora

durante semanas
encontré
alguno de tus autitos
dentro de las calas

o trozos de pan
decorando el filodendro





III

no es verdad
que todo pasó
entre el parque
los almuerzos
o mientras
te hacía dormir
exhausta

también bailamos
arriba del sofá
esa canción
de Los Prisioneros
que te gustaba tanto







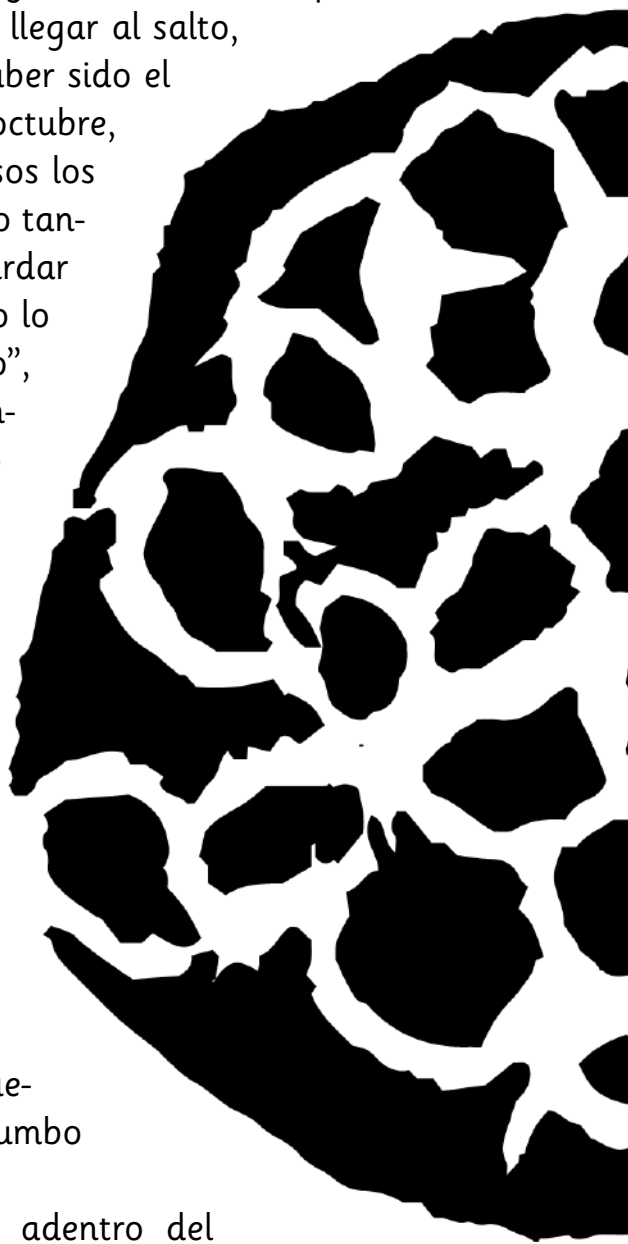
PESCAR

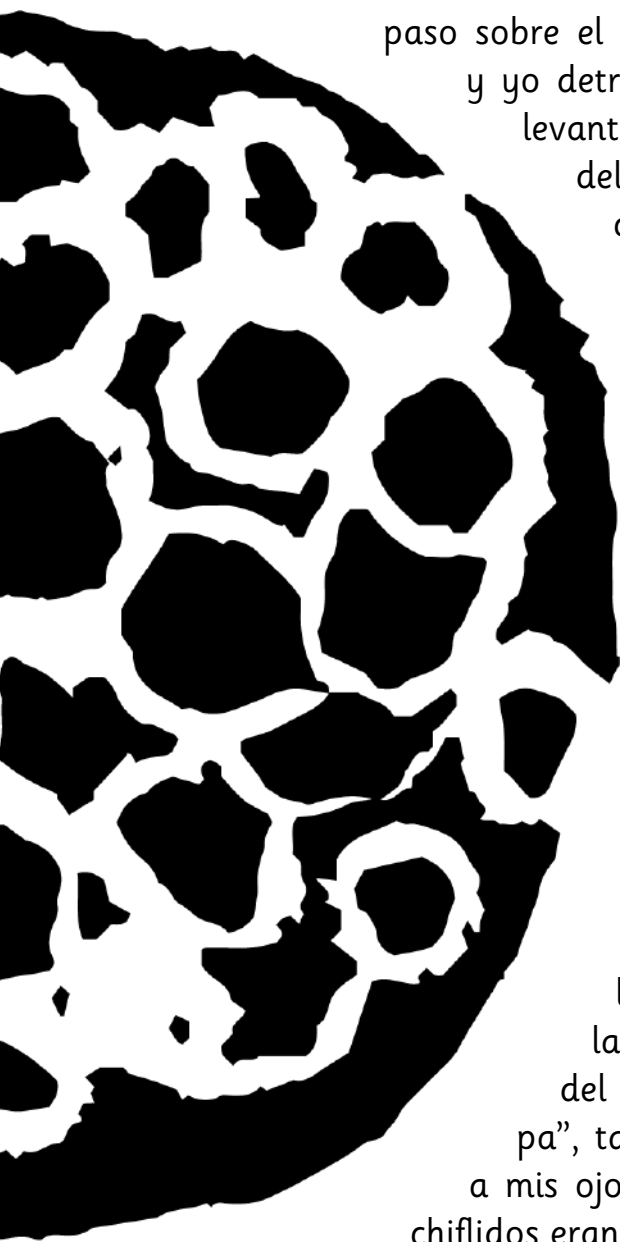
Por Manuel Sánchez

Pescar era el hábito más hermoso que tenía mi abuelo. Como de costumbre, esa tarde llenamos un tarro con lombrices y nos fuimos por el camino del bajo. Por lo general la ruta de pesca se reducía al canal del molino hasta llegar al salto, pero esta vez íbamos al río. Debe haber sido el año 1979 en septiembre, tal vez octubre, yo aún no “debutaba”, eran peligrosos los bordes de los canales y ese día, como tantos otros, mi misión, además de guardar en mi corazón y en mi memoria todo lo que “mi viejo” hacía, era de “perro”, de asistente, y así cada vez que él enganchaba uno yo me lanzaba como peuco y antes que el salmón tocara tierra lo agarraba de la cola y las agallas, lo desenganchaba del anzuelo y lo metía en el morral que yo mismo cargaba y protegía como un arca que guardaba los diamantes escamosos de nuestra sobrevivencia en el crudo invierno eterno del valle precordillerano de la provincia del Ñuble.

Mi viejo conocía la ruta como la palma de su mano. Y yo, su hijo-nieto, a mis cortos años no le perdía huella. Juntos partimos aquella tarde rumbo a los raudales del río Coihueco.

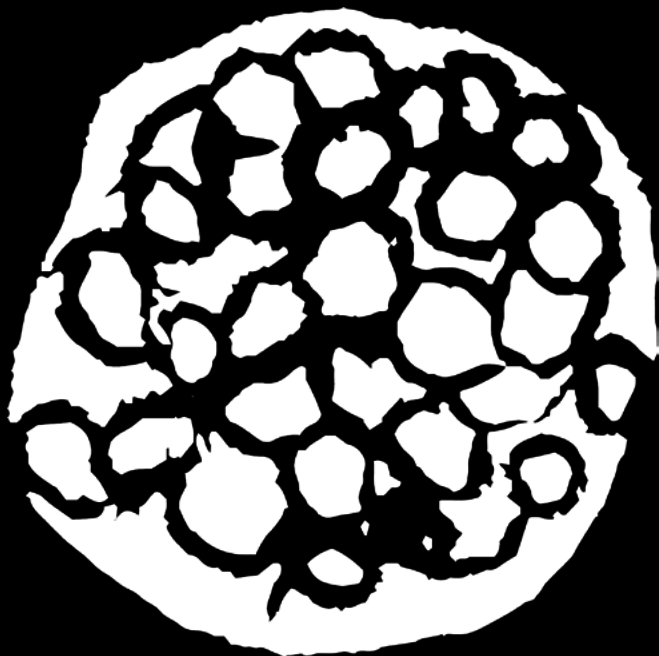
Cuatro cauques aún se retorcían adentro del morral que cargaba en mis espaldas diminutas mientras seguíamos la huella que bordeaba el río hasta encontrar la





próxima entrada en donde mi viejo lanzaría la lombriz de los milagros hasta que tropezamos con un hualle enorme que el invierno derrumbó sobre el sendero. Lo cruzamos abriéndonos paso sobre el tronco y su follaje. El viejo primero y yo detrás, siguiendo sus movimientos. Y al levantar la última rama se reveló el secreto del digüeño ante mis ojos. Ahí, al alcance de mis manos de niño, sin tener que escalar esa montaña de madera viva que escalaban un puñado de valientes que vendían en Chillán los huevos frescos que cuajaba la madera y el invierno. Tomé uno, tomé dos, tomé cincuenta, los guardaba en mis bolsillos y en mi boca. Y cuando ya no quedaban más perlas adheridas a las ramas, me dispuse a seguir detrás del viejo, pero a nadie divisé delante mío. Su silueta había desaparecido entre el verdor de los helechos. Yo sabía que no podía estar muy lejos. Corriendo entre el follaje que cubría el sendero, busqué en la entrada más próxima hasta la orilla del río, pero nada. El pescador de “coipa”, tarra y picana de colihue era invisible a mis ojos, ya asustados a esas alturas. Mis chiflidos eran sordos ante el rumor de la corriente, mis gritos caían muertos al raudal del desespero. Me devolví hasta el hualle que encandiló mis ojos y rehíce el camino

río arriba, con susto, pensando en lo que haría si no encontraba a mi viejo, recordando cada paso del camino desde la casa hasta el río por si tenía que devolverme solo. Decidí acercarme, por última vez, a un paso que daba hasta un remanso. Miré hacia arriba y hacia abajo lentamente y de pronto me remeció esa misma sensación que tuve al momento de encontrar el tesoro del hualle: la garrocha de colihue se asomaba unos metros más abajo. ¡Era tan cerca!, era ahí mismo, casi, donde eternos minutos antes yo había cambiado pesca por digüeños fáciles. Mi corazón volvió a latir en calma y me comí los últimos digüeños que tenía en los bolsillos.







QUÉ ES UN POEMA Y CÓMO HACER UNO

Por Jaime Pinos

Nadie sabe exactamente qué es un poema. Nadie sabe exactamente cómo hacer uno o cómo leerlo. A pesar de eso, como escribo y leo poemas hace muchos años, voy a contarte algunas cosas que he podido averiguar sobre ellos:

Los poemas están hechos del mismo lenguaje con el que hablamos, pero lo usan de una forma especial. Una forma que les permite decir cosas que no pueden decirse con el lenguaje que usamos todos los días. O decirlas mejor o de otra manera.

La mayoría de los poemas están hechos con palabras, pero no todos. Hay poemas hechos con imágenes o con sonidos o mezclando todo esto.

En un poema las palabras importan no solo por lo que significan, sino también por cómo suenan. Según las palabras que elijas para hacer un poema, este tendrá una música y un ritmo determinados.

Lo que algunos llaman inspiración solo llega después de mucho trabajo. Ese trabajo consiste en practicar la escritura, pero sobre todo en leer. Hacer poemas y leerlos son dos caras de la misma moneda.

Para hacer un poema se pueden usar cosas que uno no ha inventado. Usar cosas que están en los poemas de otros, por ejemplo. Muchas veces hacer un poema tiene que ver con eso: elegir pedazos de otros poemas ya escritos y hacerles pequeños cambios o combinarlos de una manera nueva.



Un poema es una especie de regalo que se hace para dárselo a alguien. Ese alguien también puede ser uno mismo.

Hay poemas que se basan en las observaciones hechas por quienes los escriben. Para hacer un poema puede observarse desde una mariposa, la calle o la ciudad en que uno vive, hasta el movimiento de las estrellas en el cielo. La gente que hace poemas muy a menudo lleva consigo una libreta donde anota estas observaciones que pueden servirle para hacer uno.

También pueden hacerse poemas para expresar sentimientos o recuperar recuerdos perdidos en la memoria. O para poner en palabras los sueños o los inventos de la imaginación.



La curiosidad es importante para hacer poemas. Un poema puede empezarse para encontrar una explicación sobre algo que se ignora o sobre lo que se sabe poco y atrae poderosamente la atención de quien lo escribe. Casi siempre esa búsqueda trae sorpresas o descubrimientos inesperados. A veces el trabajo de quien hace

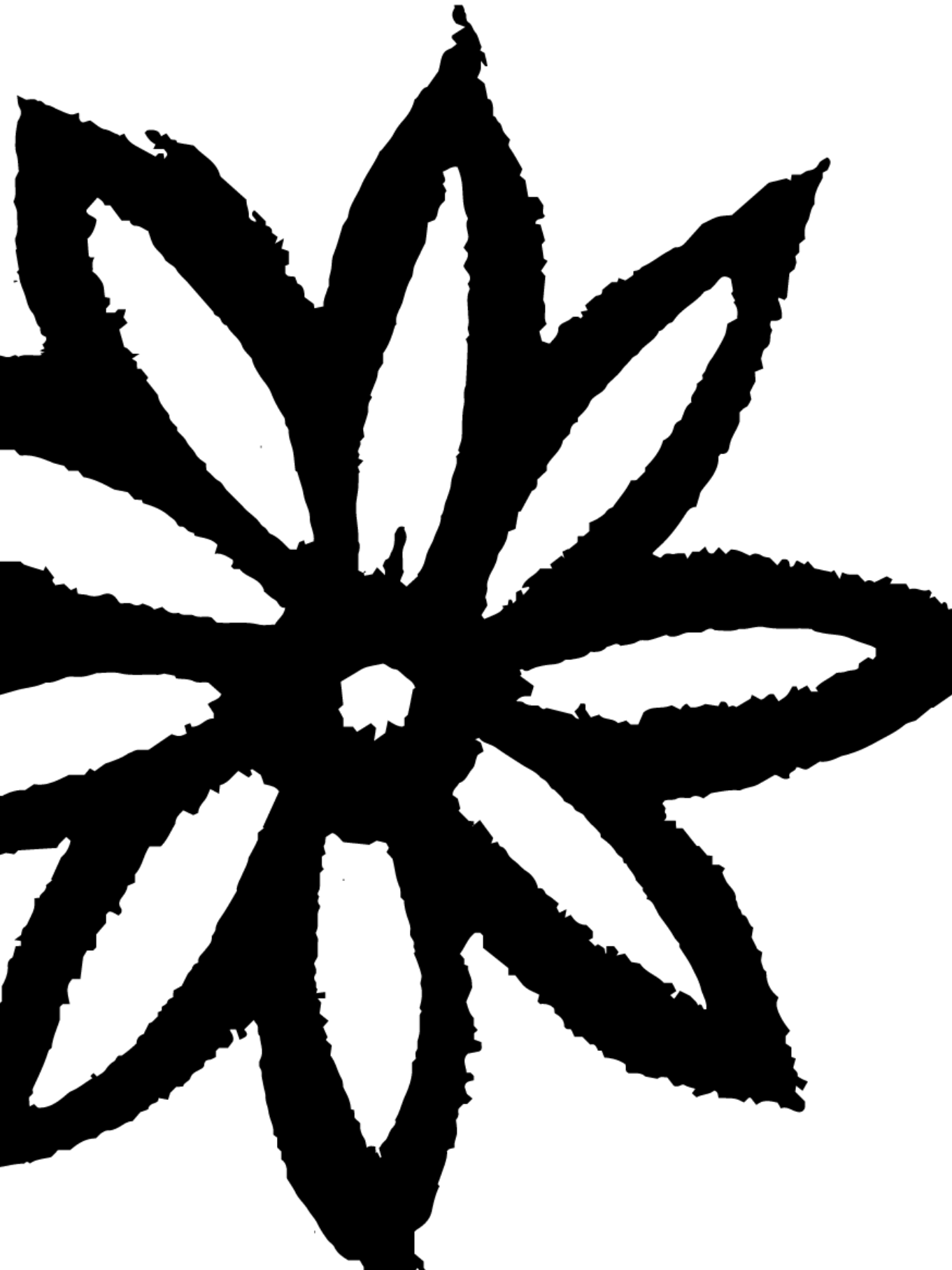
poemas se parece al de un detective que trata de resolver un caso difícil. Para hacer un poema hay que seguir las pistas hasta el final.

No hay una forma correcta de hacer un poema, sino muchas formas diferentes. Desde que fue escrito el primero, hace muchísimo tiempo, los poemas han cambiado tanto como han cambiado las épocas y su forma de comprenderlos y definir para qué sirven. Los poemas también van cambiando según transcurre la vida de quienes los hacen.

Cualquiera puede llegar a hacer un buen poema. Es cuestión de practicar la escritura y de leer. Esto último hay que hacerlo mucho. Para hacer poemas hay que leer poemas. Y no solo poemas, sino todo lo que pueda servir como material para hacerlos.

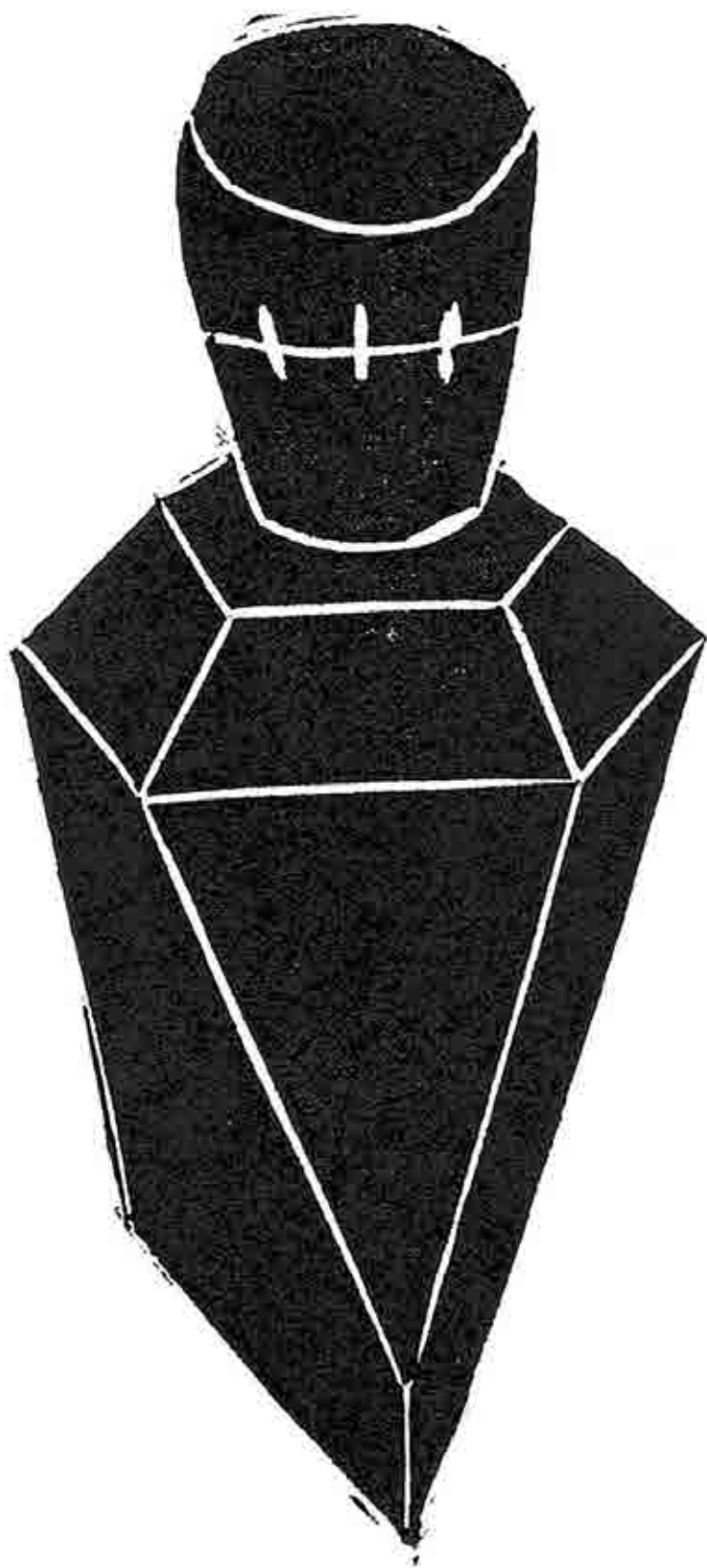
Nadie sabe exactamente qué es un poema. Nadie sabe exactamente cómo escribir uno o cómo leerlo. Pero puedo decirte que a lo largo de mi vida he conocido los placeres de escribir y leer poemas. Sobre todo leerlos. Muchas veces los poemas han sido para mí una especie de mensaje secreto que debo descifrar. Mensajes en clave que solo he podido comprender cuando los he leído con los ojos de la imaginación. Los poemas sirven para mejorar la vista. Para ver lo que aparece ante nosotros cuando aprendemos a usar bien esos otros ojos. Los que permiten ver lo invisible.












LOS INSTRUMENTOS MUSICALES

Por Sergio Barría



Los instrumentos musicales tienen un atractivo misterioso por su sola presencia: ya sea un tambor, una trompeta o un piano, son objetos especiales que reposan en silencio esperando el momento en que los pongamos en acción. No funcionan por sí solos, necesitan que con nuestras manos o nuestro aliento sean explorados y dominados como si fueran animales salvajes. Y una vez que empiezan a ser domesticados, nos entregan poco a poco la sagrada información que contienen. Un músico africano me dijo una vez que el tambor era un talismán, un objeto mágico y poderoso capaz de beneficiar y darle sus poderes tanto a quien lo toca como a quienes lo escuchan. Algo así como una pata de conejo para algunos. Me gustó esa idea y creo que puede ser aplicada a cualquier otro instrumento musical. Y para quien está tocando es también una manera de comunicar sensaciones o sentimientos íntimos que están secretamente guardados y que son amplificados en forma de sonidos musicales. Me parece curioso que habiendo tantísimos instrumentos musicales en el mundo, ninguno sea mejor o más importante que otro. En una noble actitud esperan que alguien se interese en alguno de ellos, como



si fueran mascotas aguardando a su amo hasta que alguien lo adopta para convertirlo en un habitante más de su hogar. Pero en este caso el amor a primera vista no siempre funciona. El músico y su instrumento necesitan ir conociéndose poco a poco. Sin apuros, pero con mucha constancia, ya que los instrumentos también pueden ser muy celosos. Basta un poco de olvido y el instrumento se resiente y hasta puede perder su ternura para convertirse en un ser tosco y agresivo, que reclama el abandono en forma de ruido. Por eso el músico debe ser perseverante. Para que esa conexión tan maravillosa que se traduce en sonidos musicales no se pierda. Ellos necesitan ser tratados siempre con mucho cuidado y respeto, porque un instrumento dañado es una bailarina que ha quedado inválida y resignada, esperando que alguien la atienda y la cure. Si tienes la suerte de tener un instrumento musical, demuestra preocupación por él, cultiva su amistad, trátalo con paciencia y cariño. Solo así se convertirá en tu talismán.



LA RUTA NATURAL

Por Sergio Muñoz Arriagada

1. UN RITO SOLITARIO:

Enrique Lihn, en el poema "Para ningún destinatario", del libro *Estación de los desamparados*, hace una afirmación radical. Dice Lihn:

*sin la esperanza ni el propósito de influir sobre el curso de las cosas
el poema es un rito solitario
relacionado en lo esencial con la muerte*

El tema es quizás el más complejo, impenetrable, insondable, inefable e indecible que podamos abordar. Y como casi siempre, Lihn tiene razón.

Si las palabras son materias complejas desde su esencia. O más bien, si las palabras son siempre algo distinto de aquello sobre lo cual quieren dar cuenta, y la muerte es también otro espacio relevante de lo indecible, lo inefable y lo incommunicable, entonces el tema se complejiza cada vez más.

Pero por más complejo que sea, nunca dejará de ser un rito solitario, y siempre estará relacionado, en lo esencial, con la muerte.

Anna Ajmátova, una gran poeta rusa, incluyó en su libro *Réquiem*, poemas escritos entre 1935 y 1940. Sin embargo, el poema no pudo ser publicado en Rusia sino hasta 1989. En 1957, nueve años antes del fallecimiento de Ajmátova, ella misma agregó un texto inicial al libro, con el título "En vez de prólogo". El texto dice lo siguiente:

Diecisiete meses pasé haciendo cola a las puertas de la cárcel, en Leningrado, en los terribles años del terror de Yezhov. Un día alguien me reconoció. Detrás de mí, una mujer —los labios morados de frío— que nunca había oído mi nombre, salió de la mudez en que todos estábamos y me preguntó al oído (allí se hablaba sólo en susurros):

—¿Y usted puede dar cuenta de esto?

Yo le dije:

—Puedo.

Y entonces algo como una sonrisa asomó a lo que había sido su rostro.

¿Y usted puede dar cuenta de esto? Al fondo de esta simple pregunta está parte de una de las motivaciones primeras de la poesía: el testimonio. Pero como lo veo hoy, testimonio que no debe limitarse a su tema o a su denuncia. Sino testimonio que es arte, que es oficio. Que se quiere con la emocionalidad de lo próximo, pero se trabaja y se trabaja y se trabaja con la distancia de lo ajeno.

Si unimos las ideas de los dos fragmentos anteriores, el de Lihn y el de Ajmátova, tenemos entonces que la poesía podría ser: un rito solitario relacionado en lo esencial con la muerte, que podría dar cuenta de algunas cosas. Ser memoria.

2. EL TORRENTE DE LA REALIDAD:

Por lo general, la poesía es la explicitación de una realidad. Realidad explicitada por medio de palabras, con mayor o menor densidad de tensión y transgresión respecto del tronco germinal del lenguaje. Sin embargo, a veces, y por diferentes razones, es difícil entrar en el torrente de los libros.

Un libro es un espacio cercado obviamente de silencio, pero también es un espacio de comunicación: es un riesgo estético, político, humano. Generalmente es un despliegue del pensamiento, de la posibilidad de abrir, mediante la inteligencia, el espíritu, para asistir al encuentro con la palabra y con otras personas.

Quizás la imagen del torrente tenga algo de precisión. Igual que en el caso del río, el torrente de un libro está signado por dos orillas. Por un lado, el silencio. Por el otro, la palabra, el sonido. Ambas orillas guían el curso del río. Orillas más o menos definidas, pero difíciles. Que involucren hablar y callar cuando se deba. Y aquello es difícil de comprender y de asimilar.

La literatura es eminentemente un espacio de relación, de contacto, de discusión entre seres humanos. En ella, los autores y los lectores se nutren de inteligencias, miradas, sabidurías, reflexiones, críticas, posiciones, lucideces, posibilidades.

La literatura debiera ser ese espacio versátil que nos permita dirigir la atención a determinadas opiniones o realidades que sin ese espacio tal vez no llegarían a nuestro encuentro. A veces lo es. A veces no.

La poesía siempre se entromete con la realidad. Por asimilación o por negación. Un lugar para la poesía es preferentemente un espacio precario. Su precariedad es parte de su necesidad. La mayor dificultad de la poesía en particular, y del arte en general, es que roza con lo indecible. Quiere decir aquello que a veces no es posible decir. Y al tensar el arco expresivo del lenguaje, lo que hace el poeta es acercarse o alejarse de aquel roce con lo indecible, lo impronunciable, lo que pasa o deja de pasar en aquella órbita en



que el lenguaje no alcanza a decir, a insinuar, a garabatear, a aproximarse siquiera. Y no me refiero al “lenguaje coloquial” o al “lenguaje de la tribu”, sino a la tensión de cualquier manifestación del lenguaje. Gracias a esa tensión, el poeta logra entrar en la trama que incluye concepto, imagen, ritmo, significado, palabra, etc. Cuando esa tensión comienza a manifestarse, el poeta ha hecho algo indefinible, inédito, irremplazable.

3. UNA ESPECIE DE LOCURA:

Según Gabriela Mistral, que es la más grande de todas: *la Poesía es una especie de locura hecha con materiales sensatos.*

Sin la esperanza ni el propósito de influir sobre el curso de las cosas, a mí me gustan los palíndromos. Esa palabra extraña que es una mezcla entre paquidermo y palitroque. Que marca a aquellas palabras que se pueden leer para adelante o para atrás. Como “ala”, o “anilina”, “reconocer” o “la ruta natural”.

Reconocer la ruta nos aportó otro paso natural: reconoceR.

Mirar para adelante y para atrás. Articular el futuro sin dejar de nombrar la memoria. Es decir, construir la forma y el mito. Por un lado, el placer de los sonidos que se entrelazan. Y por otro, el sentido, esa absurda cicatriz del significado que siempre nos remite a una herida antigua, que nos doblega irremediablemente.

Me gustan los paquidermos y los palitroques. Más que los reyes, que matan paquidermos. Y más que los soldados, que matan de verdad. Prefiero los soldados de juguete y los reyes en el ajedrez o los naipes.

4. QUE NO SE VUELVA A OLVIDAR JAMÁS:

Hans-Georg Gadamer, un filósofo y ensayista alemán, dice en el ensayo *¿Qué debe saber el lector?*, algo que siempre me ha intrigado, pero que me motiva día a día a tratar de plasmar esta idea. Dice Gadamer:

El poema quiere que se sepa, experimente y aprenda todo lo que él sabe, y que no se vuelva a olvidar jamás.

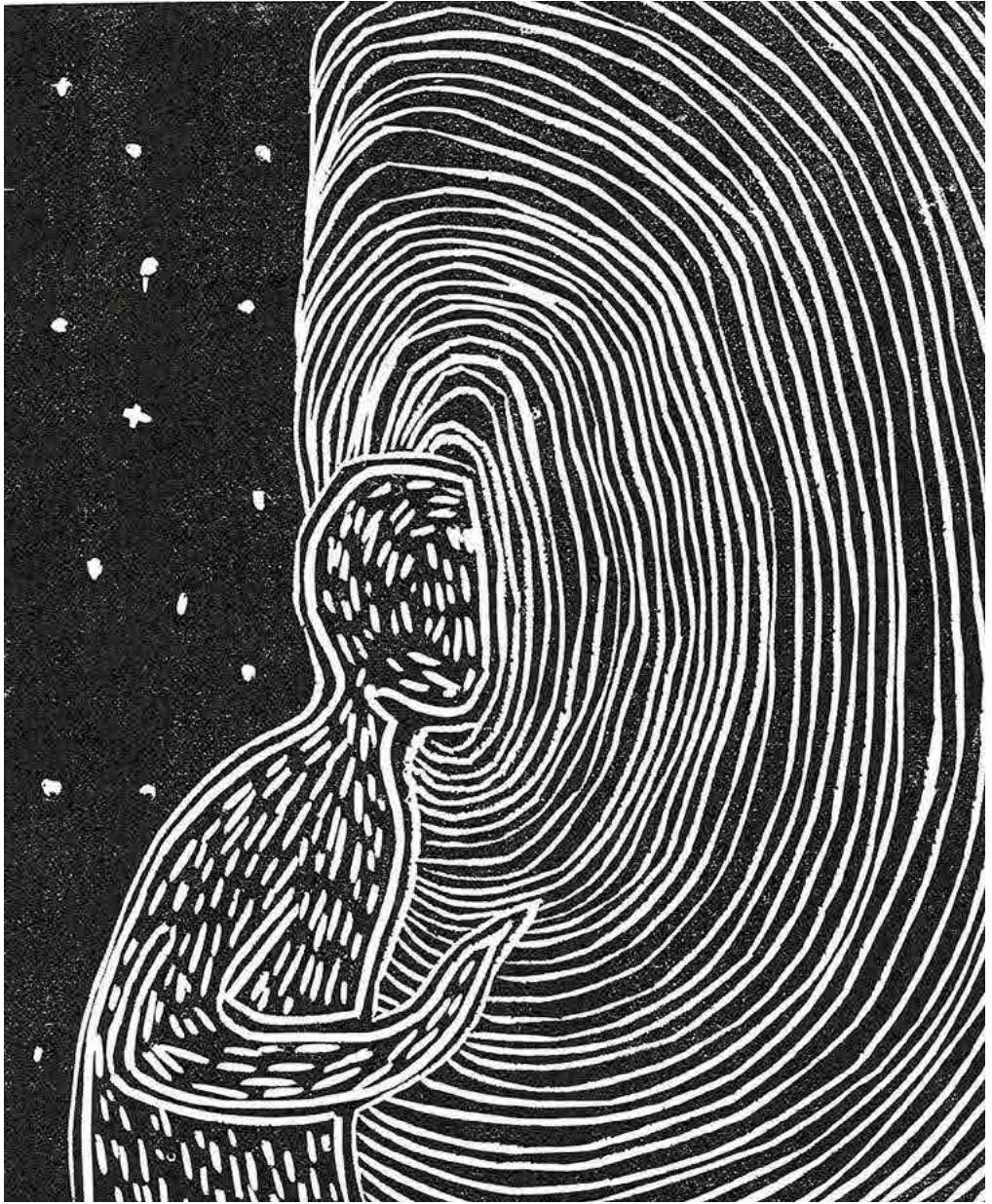
Si le preguntamos a esa frase lo que dice, si ahondamos en ella, nos asomaremos a sus tres ideas principales: Que a través del poema se puede saber, experimentar y aprender algo. Que el poema sabe algo. Que es posible que ese algo no se olvide.

La primera idea es quizás la menos sorprendente. La que menos nos sorprende.

La segunda idea es algo más perturbadora: ¿Cómo puede el poema saber algo? ¿Qué es lo que el poema sabe? ¿Cómo llegar a descubrir aquello que el poema sabe?

La tercera idea es quizás la que a mí más me fascina: ¿Cómo hacer que eso que el poema sabe, sea dicho de manera inolvidable?

Reconocer la ruta nos aportó otro paso natural: Reconocer. Una especie de locura hecha con materiales sensatos.



Y ASÍ UNA TARDE DE
MARZO SE APROXIMÓ
LA NOCHE

Por Pedro Aldunate Flores

*En memoria de mi madre,
Ana María Flores Santander*

I

Mi nombre es Ruperto Flores y soy un abuelito que está a punto de morir. Tranquilos, con el tiempo verán que la muerte no es cosa tan mala ni espantosa. Mi cuarto, acondicionado para las necesidades de alguien en mi condición, posee lo esencial: una cama amplia de dos plazas donde permanezco la mayor parte del tiempo; un velador donde descansan mis anteojos, algunos utensilios clínicos y mis abundantes remedios; mi silla de ruedas, en la cual me lo paso sentado la mayor parte del día; una cómoda o repisa empotrada en una de las paredes, donde ya inútiles permanecen colgadas, como personajes inanimados, mis viejas vestimentas; en las paredes, dos ventanas amplias para que entre la luz —que es muy diáfana en invierno, aun por estas latitudes del sur del mundo—, y una mesa rectangular, que va pegada a una de las paredes, donde se sitúan otros enseres, libros y un televisor, en el cual aún puedo ver las últimas películas que mi alma soporta con cierto entusiasmo y con el auténtico humor, o mal humor, de quien no puede ver más de lo que está frente suyo.

Debo aclarar que, en los momentos en que no está mi enfermera, lo único que tengo es mi cuarto y mi única entretenición es ver la televisión, de modo que estoy destinado —así ha sido en estos últimos meses de mi

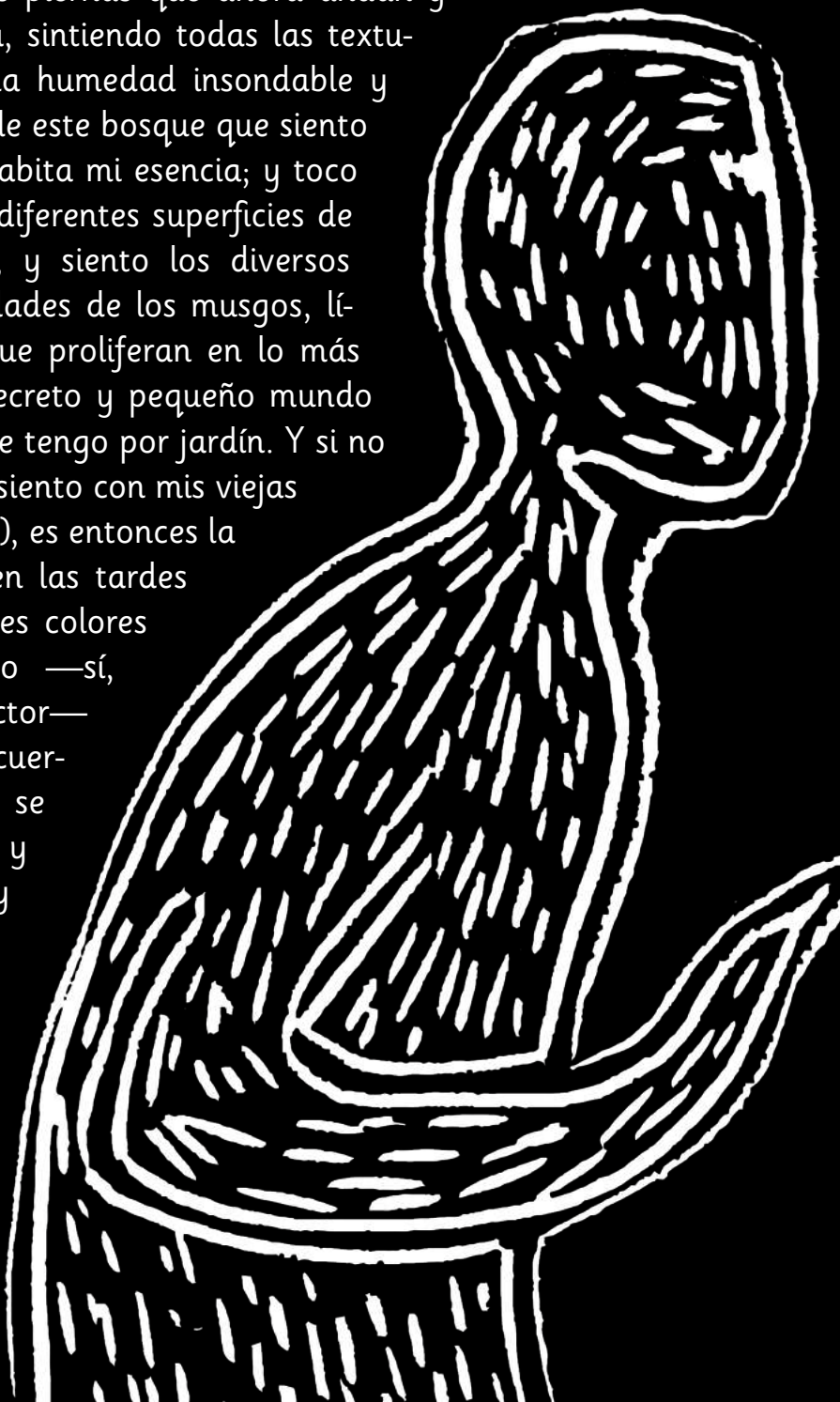
vida— a mirar todo el tiempo mi habitación y reconfortarme con las historias y figuras que pasan ante mis ojos. Y sí, en parte, es cierto que en aquella pantalla estoy destinado todos los días a mirar solo espectros, como si el mundo —que antaño en mis viajes pude ampliamente recorrer— estuviera encerrado en aquella caja que, sin proponérselo, me permite transitar hacia otros tiempos y lugares del dilatado cosmos. ¡Vaya invento que es la televisión, sin duda, una cosa hecha para suplir las desventajas móviles de nosotros, los discapacitados e inmovilizados, que aún en nuestras mentes, soñamos con viajar y viajamos a través de ella! Debo decir, aunque no lo crean, que a pesar de tanta estupidez y farándula, hay por ahí mucha “cosa” digna de ver —para nosotros, los desahuciados— en ese artefacto que llaman televisión. Pero la televisión, mis queridos lectores, es cosa más bien secundaria y de apariencias.

Porque más interesantes que la televisión son, sin duda, las ventanas de mi cuarto, una de las cuales está orientada hacia el poniente y por la cual puedo ver, entre los árboles, los últimos atardeceres de mi fugaz existencia. Sí, aquí debo detenerme, si lo que quiero es transportar mis visiones a tu mente, pequeño lector. Pues bien, he solicitado a Nancy —mi enfermera y escriba—, que todas las mañanas y tardes me siente en mi silla de ruedas, me ponga frente a la ventana y me deje apreciar —esa es la palabra precisa—, la hermosa vista del bosque y el portento —esa es la palabra más justa—, de la inefable luz.

Y ahí me la he pasado, todas las mañanas y todas las tardes de mi última vida, mirando por la ventana, escuchando en silencio el sonido del viento que mece las copas de los árboles; esperando, con auténtica calma y devoción, el maravilloso canto de los pájaros: el

graznido de los abundantes aguiluchos; el claro canto de los queltehues en las mañanas, que predice la lluvia y además me recuerda “la parcela”, donde antaño yo vivía; y, algunas veces, el misterioso e inigualable canto del chucao. No saben ustedes, mis amables lectores, la felicidad que me embarga al escuchar a estos pájaros del sur del mundo. Tal es la felicidad que siento, que incluso alcanzo a esbozar una sonrisa (debo aclarar que mi rostro apenas se mueve), y puedo quedarme horas deleitándome con el canto de estos pájaros, que embargan de plenitud mi vida y mis últimos momentos. Si no fuera por esta ventana y por estos pájaros, mi padecimiento sería completamente oscuro y seguramente ya me habría echado a morir por la depresión. No estoy exagerando, pues muchos de ustedes sabrán que es muy posible morir de pena. Pero como podrán ver, mis lectores, no dicto lo que leen para quejarme, sino para dar cuenta de lo que mis ojos miran y de lo que mi triste cuerpo recibe con tanta admiración y júbilo, aunque todo ello no pueda nada más que manifestarlo con las palabras que deletrea mi fiel enfermera, Nancy. El asunto es que me podría pasar horas contándoles lo que ven mis ojos a través de esta ventana, aunque ciertamente lo que veo no es mucho, pues siempre es el mismo cuadro, pero si se detienen a observar con más detenimiento, se darán cuenta pronto que la cuestión no es tan así y que el cuadro nunca es el mismo, pues la luz nunca es la misma y el viento no siempre sopla en la misma dirección y con la misma fuerza; y las figuras que se forman con el movimiento de los árboles tampoco son siempre las mismas; y que las sombras, al parecer siniestras, dibujan extraños seres que habitan en mi visión, y aunque a veces estas figuras me desconciertan, por extrañas o deformes, finalmente sus apariencias no son en modo alguno malignas, sino confortables e incluso amigas. De modo que veo el bosque y puedo sentir la frescura del aire, como un Adán descubriendo el infinito mundo por vez primera.

Y de pronto sucede lo inverosímil: resulta que de tanto mirar, mi cuerpo se levanta y atraviesa el cristal de la ventana, sí, como un fantasma, y me hundo en el bosque, con mis pies descalzos y con mis piernas que ahora andan y caminan con fuerza, sintiendo todas las texturas de la tierra y la humedad insondable y fresca de las hojas de este bosque que siento es el lugar donde habita mi esencia; y toco con mis manos las diferentes superficies de cortezas y plantas, y siento los diversos volúmenes y suavidades de los musgos, líquenes y hongos que proliferan en lo más profundo de este secreto y pequeño mundo que es el bosque que tengo por jardín. Y si no es el bosque lo que siento con mis viejas manos (pero nuevas), es entonces la luz, sí, la luz que en las tardes se torna de múltiples colores y entonces yo siento —sí, mi desocupado lector— que mi maltratado cuerpo se rejuvenece y se eleva, sin peso ya y sin dolor alguno, y que con el viento asciende sobre los árboles y se deja llevar hasta el mismo atardecer que mis manos tocan y modifi-



can, como si de una acuarela viva se tratara. Entonces, es que me siento grácil y sutil, pero fuerte como un ángel de otro mundo (¡que no es otro y ni siquiera es un mundo!), y aunque estoy solo, puedo pintar con mis manos el cuadro del mundo y devolverlo a la vista de los humanos ojos, para que ellos, ya sin necesidad de mi corporal presencia, puedan ver todo lo que he visto y todo lo que pinto; porque el bosque ahora se mueve con el soplo de mi paso por el aire y las luces del atardecer se encienden cuando más abro mis ojos; y los rojos fulguran y los lilas destellan y los verdes relumbran y los azules silenciosos en el firmamento se electrifican; y el sol: ¡oh el sol, desaparece lentamente todas las tardes y se hunde tras árboles, buscando el mar, hundiéndose en el mar!, el mar que mis ojos solo pueden soñar, porque debo aclarar que mis fuerzas no me permiten deslizarme muy lejos. Pero aun así eso no me apena. Al contrario, con el mar sueño y sé que este sol, que mis ojos divisan detrás de los árboles, también se lleva la memoria de mis ojos y en el mar ellos se hunden con la última luz y con la última mirada de todo cuanto existe. Sí, todo esto veo a través de la ventana de mi cuarto y con ello, podrán saber mis lectores, que la vida al fin no es tan oscura ni dolorosa.


Como ya he dicho, mi nombre es Ruperto Flores y soy un viejito a punto de morir. Y aunque este no es el relato de mis dolencias o pesares, sino de mis verdades más profundas, debo señalar que con el tiempo —esa palabra—, he aprendido a estar solo, pues acaso es eso finalmente la muerte: aprender a estar solo. El asunto es que estando a solas —he pedido a Nancy que me deje estar a solas— he visto “cosas”. Particularmente, debo contarles que he visto a un hombre durmiendo sobre el armario que está al frente de mi cama y aunque la primera vez la visión me perturbó y quedé petrificado por el miedo (hay que recordar que mi condición ya me tiene inmo-

vilizado, por lo cual no es raro que nadie haya notado mi reacción), luego, con el pasar del tiempo —pues la visión volvió a repetirse—, terminó por volverse natural y del miedo pasé a la resignación (de tener que ver constantemente al hombre durmiendo sobre el armario), y de la resignación a la imperiosa curiosidad. He ahí que en una ocasión me percaté de que el hombre, completamente vestido de negro y con sombrero, no dormía, sino que simplemente estaba ahí, observándome y no con mala intención —me dije después, con el tiempo—, y entonces su presencia no me pareció tan mala, sino comfortable. Claro, yo lo miraba y trataba de saber quién era, pero el hombre no era nadie o al menos no era alguien conocido. El asunto es que de tanto mirarnos —pues el hombre lo que hacía era solo mirarme—, nos acostumbremos uno al otro y hasta se podría decir que me sonreía y que acaso nos agradábamos. Dirán, sin duda, que estoy chiflado, pero eso, a estas alturas, da igual. El asunto se puso más retorcido, pues cuando el hombre desaparecía, yo lo buscaba con mi vista y hasta lo extrañaba. De hecho, cuando el hombre de negro no estaba, yo me ponía de mal genio. Pero, para suerte mía, no pasaba mucho tiempo hasta que el hombre de negro muy naturalmente aparecía otra vez tendido en lo alto de mi armario. Diríase incluso que el hombre cumplía como un trabajo o deber al estar ahí y que para hacer más llevadera su labor se pasaba las horas contándose cuentos a sí mismo y a veces haciendo gestos y muecas con su rostro, siempre difuso, para divertirme de alguna manera. Y de hecho me divertía. Dirán, claro, que siendo un enfermo terminal, estoy loco y sufro de alucinaciones, pero me atrevo a decirles, con mucha franqueza, que eso no es así y que si lo estuviera no tendría la calma para dictar lo que ustedes ahora mismo están leyendo. Resulta que mi visitante terminó siendo un amigo y aunque yo trataba de recordar si efectivamente en el pasado había conocido a alguien con su porte y apariencia, no había

sido así. De modo que dejé al hombre negro habitar en mi habitación y tenderse por horas en lo alto de mi armario. A veces el hombre parecía dormir, otras veces me miraba e incluso sería lícito decir que me cuidaba o aguardaba o esperaba algo.


II

Pasó el tiempo y mi salud se fue deteriorando. Y así, una tarde de marzo se aproximó la noche, pero no estuve a solas. Sentí que las manos de quienes estaban conmigo me apoyaban, pero sus siluetas lentamente iban desapareciendo. Sentí sus sollozos que al final me parecieron música, pero de pronto tuve que alejarme de todo ello. Las paredes del cuarto desaparecían y el bosque respiraba con todas sus hojas, plantas, insectos y pájaros: todo estaba profundamente vivo y todo resplandecía, los colores, el viento, las estrellas y los inescrutables sonidos del bosque. Aun sentía las manos de quienes todavía me sostenían, hasta que de pronto dejé de sentirlos: el bosque fulguraba y yo estaba solo, desnudo, deslizándome hacia lo más oscuro de la floresta. En el bosque un arroyo comenzó a sonar como una música, con notas cada vez más cristalinas y delicadas: era un manantial que sonaba desde lo más hondo del lluvioso bosque y luego vi un puente transparente que aparecía sobre un arroyo cuyas aguas producían una música maravillosa. Apenas puse pie en el puente, se escuchó un pájaro a lo lejos cantar. Al final del otro lado del puente, el pájaro, que era de un intenso color azul, fue apareciendo más nítidamente, mientras cantaba de una forma indescriptible del todo: era un canto hermoso, suave, pausado y melódico; y mientras más cantaba el pájaro azul más se acercaba; o bien, era yo quien avanzaba hacia él mientras iba cruzando el puente. Seguí caminando, lentamente atravesando el puente, hasta que el pájaro y su canto inundaron de azul todo el espacio circundante e incluso mi propio cuerpo, que



ahora también formaba parte de aquel misterioso pájaro azulado. Entonces, finalmente, me confundí con el pájaro azul, al otro lado del puente; y así fui también el pájaro y fui también su canto azulado. Luego mi conciencia de pájaro se fue apagando lentamente, hasta que todo fue silencio.

III



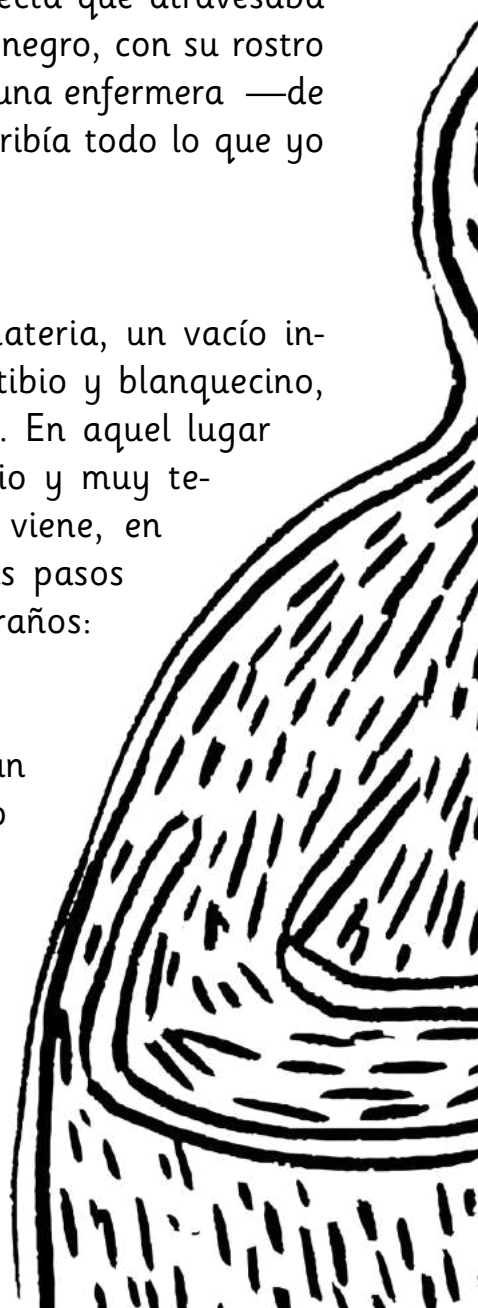
Pasó un tiempo considerable y después me hallé solo en el vacío, sí, en el absoluto y oscuro vacío, pero este no era para nada un vacío angustiante. Ahí estaba yo, un tal Ruperto Flores —aún podía recordar mi nombre—, meditando tranquilamente en la nada y en la más completa soledad, hasta que el vacío, en el cual de alguna forma yo estaba sentado, como esperando a alguien o que pasara algo, me pareció que era como una línea recta que atravesaba el universo. Y luego, para total sorpresa mía, alguien apareció: ¡era mi gata Nevy! ¡Sí, señores, ahí estaba mi gata Nevy! Me puse de pie y nos miramos, y muy pronto ella me habló; ¡sí, me habló con total naturalidad!: “¿Qué tal, don Ruperto? ¡Qué gusto volver a verle!”, me dijo. ¡Yo no lo podía creer! Y entonces empezó a maullar, a frotarse en mis piernas y a dar vueltas alrededor de mí. ¡Qué felicidad, madre mía, los dos estábamos juntos otra vez, después de tanto tiempo! Así fue como, acto seguido, la gata Nevy se puso a caminar por la línea recta que atravesaba el universo, pero no sin antes sugerirme, con un maullido enternecedor y con su elocuente rostro, que la siguiera. Así que yo, que me sentía bastante rejuvenecido, me fui caminado detrás de mi gata, mientras ella maullaba y yo de pronto me vi que iba silbando y cantando una canción que, aunque improvisada, me salía del alma (o lo que fuera), con total naturalidad. Caminamos mucho tiempo juntos, mi gata adelante y yo siguiéndola, al paso, sin cansarnos, hasta que desaparecimos al final de la línea recta que atravesaba el universo.

Pasó nuevamente mucho tiempo. En realidad, no puedo precisar cuánto tiempo pasó. No recuerdo todo lo que viví, pero sé que hay cosas que nunca se me borrarán de la memoria: aquel cuarto de aquella casa en medio del bosque; la luz de cada mañana y de los atardeceres entrando por la ventana; un puente sobre un arroyo que emitía una música de otro mundo. Y, al otro lado del puente, un pájaro azul que con su bello canto me absorbía; una gata blanca que me condujo por una línea recta que atravesaba el universo; también la silueta de un hombre negro, con su rostro difuso, pero amigable; mis hijos y mis nietos; una enfermera —de cuyo nombre no puedo acordarme— que escribía todo lo que yo le dictaba; y otras cosas más del pasado.

IV

Recuerdo después un lugar sin tiempo ni materia, un vacío incomprensible, un espacio inconmensurable, tibio y blanquecino, un lugar al fondo del tiempo y la memoria. En aquel lugar —recuerdo— solo puedo escuchar el silencio y muy tenuemente un tambor a lo lejos, que va y viene, en ondulantes mareas, como si alguien con sus pasos se acercara. Luego escucho voces, ruidos extraños: algo en mí comienza a agitarse.

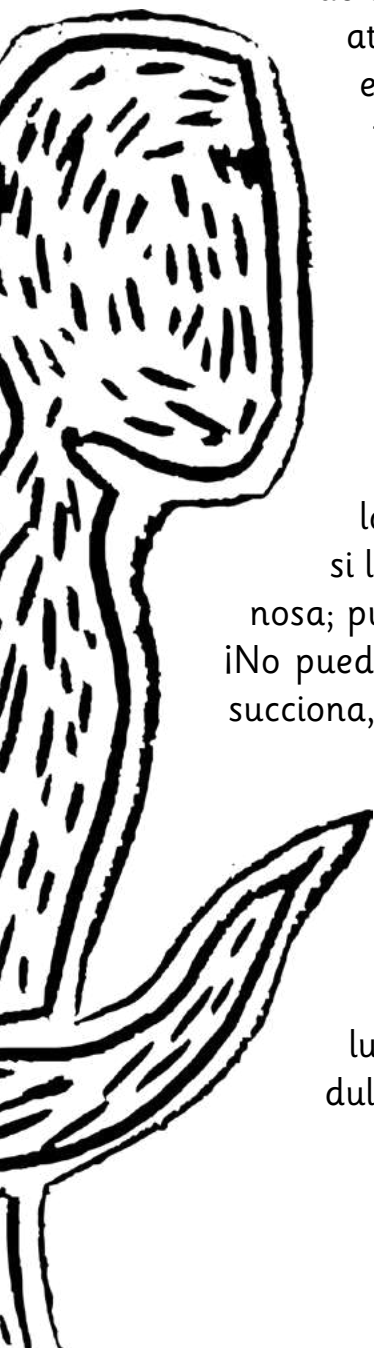
Una pequeña esfera brilla en la oscuridad, un débil destello casi imperceptible, un punto equidistante en el infinito, allá, a lo lejos. Un viento suave sopla, un viento que con sus cadencias me va despertando, lentamente, como si fuera un canto. Parece que he dormido mucho tiempo y no sé dónde estoy, no recuerdo de dónde vine, no era yo has-



ta que me vi en este lugar, desde entonces aquí he permanecido. ¡Ah, los misterios del tiempo y el espacio! ¡Si yo pudiera resolverlos! ¿Pero quién soy yo para poder hacerlo? ¿Soy, acaso?

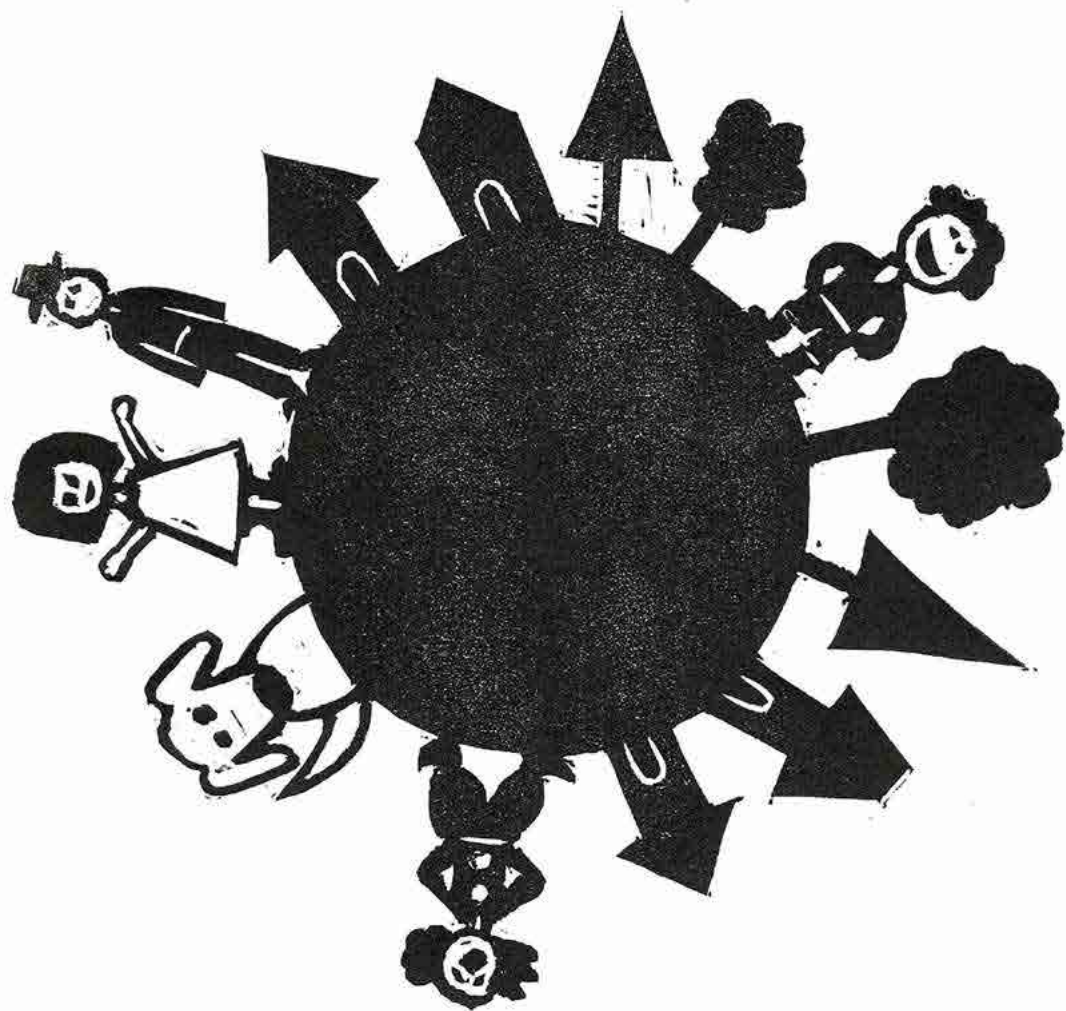
De repente —recuerdo— el vacío comienza a agitarse, corrientes de aire tibio me mueven, me llevan hacia algún lugar: ¿hacia dónde me llevan? Me deslizo lentamente, estoy siendo atraído hacia aquella distante esfera, es una fuerza extraña que proviene desde ella: ¡una fuerza irresistible! ¿De dónde proviene aquella fuerza? Quiero ir hacia ella, pero algo todavía me retiene. Todavía no es tiempo, me digo, y sigo esperando. Pero hay vientos que soplan desde aquella esfera, vientos fuertes y cálidos que me levantan y luego me dejan caer. El flujo se hace inevitable y me dejo ir por la marea. Voy avanzando hacia la esfera, pero no siento que me mueva. Es como si permaneciera en la quietud del vacío. Pero, al mismo tiempo, es como si la esfera viniera hacia mí. ¡Es blanca, amarilla, neblinosa; puedo verla, está lejos, pero se acerca, cada vez más! ¡No puedo resistir la atracción: me lleva, me da vértigo, me succiona, me absorbe, me tira!

Al fin una extraña fuerza me aprieta la cabeza, me toma bruscamente y me saca: ¡sí, me saca! Entonces veo que todo es luz nuevamente: veo una mano blanca, una mano grande y fuerte. Después escucho un llanto: ¡es mi propio llanto!; y luego, en mi boca, por primera vez, pero de nuevo: ¡la dulce leche de mi madre!









ALÍ PAPÁ Y LOS 40 JAMONES

Por Yuri Soria-Galvarro



Alí Handal y su familia son de Siria. El papá de Alí también se llama Alí y era profesor en la Universidad de Damasco. Ahora estaba empleado en un camión repartidor de alimentos. «Cualquier trabajo honrado es bueno», le ha dicho Alí Papá a su hijo.

Alí hablaba árabe e inglés, pero cuando aprendió español recién pudo hacer amigos en el colegio. Sus mejores amigos son Boris, que quiere ser payaso cuando grande (igual que su papá que trabaja en las micros), y Estela, que dice que será presidenta del país (por ahora es presidenta del curso).

Todos los días después del trabajo Alí papá recoge a Alí hijo desde la escuela y se van caminando a casa. De vez en cuando le compra churros o cuchuflys. Hoy llegó muy tarde y Alí vio el mismo dolor en su cara que cuando bombardearon la universidad. «Estacioné el furgón para almorzar y me robaron la mercadería; deberé pagar todo lo sustraído y es probable que me despidan», le dijo. ¿Qué fue lo que te robaron?, le pregunta Alí. «40 jamones», le responde su padre.

Por la noche su madre se acostó llorando. Su padre fumó hasta tarde y se quedó dormido en el sillón del living. Alí esperó a que el silencio dominara la noche y se levantó. Por WhatsApp les avisó a Boris y Estela. Decidieron salir en bicicleta a dar unas vueltas por

el barrio a ver si descubrían a los ladrones. Boris salió disfrazado de payaso para despistar. Eran las dos de la mañana y vieron poca gente en las calles. Le hicieron cariño a un perro amarillo que los siguió.

En la Feria todavía quedaba gente trabajando. Doña María ordenaba fruta y Alí le preguntó dónde podría comprar jamones. Ella le dijo que hablen con Don Manuel.

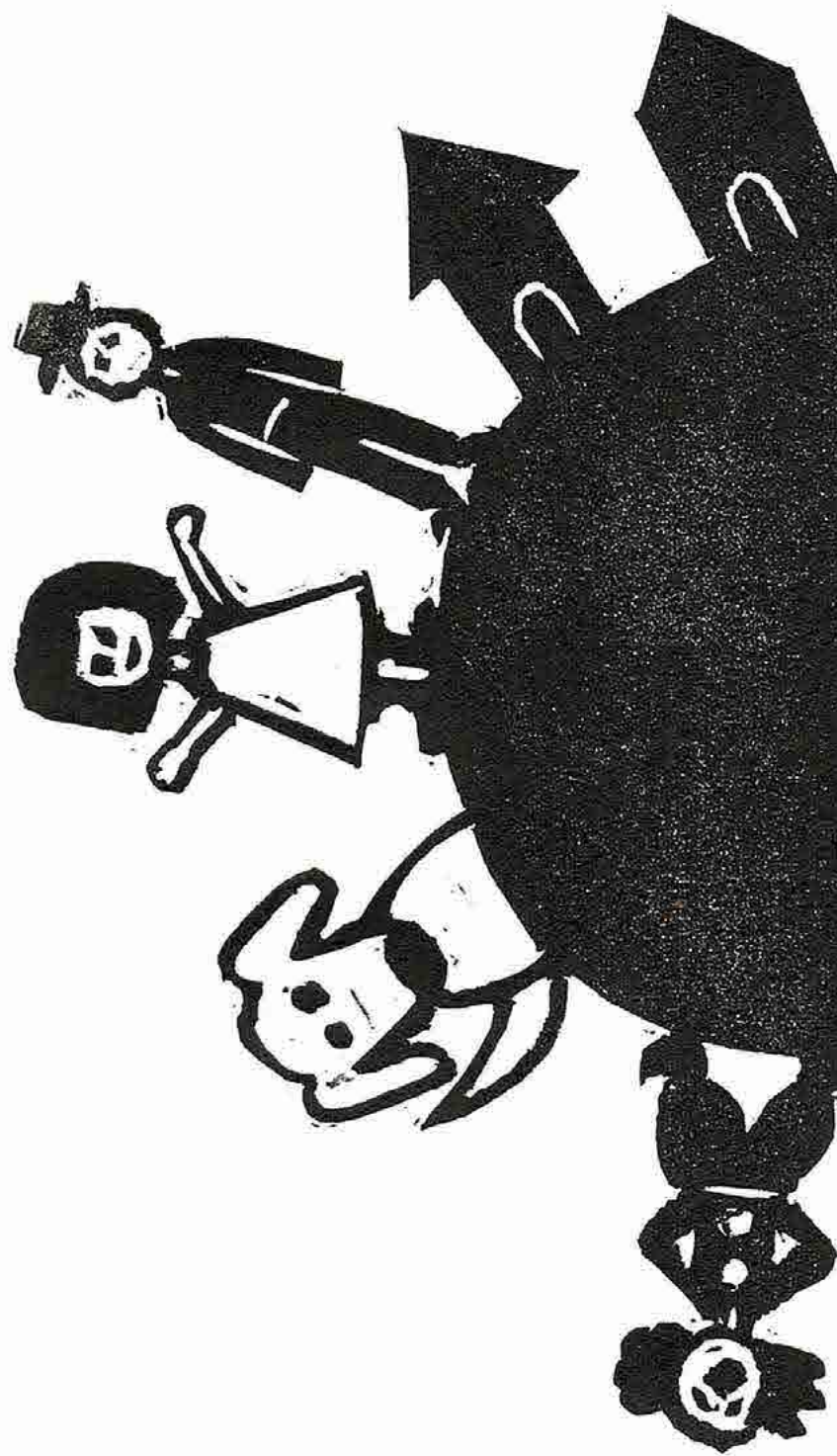
Don Manuel era un señor con bigotes y de muy baja estatura, casi no tenía pelo. Estaba guardando sus longanizas y la carne. Alí le contó que a su padre le robaron unos jamones y quizás alguien podría estar vendiéndolos en la feria.

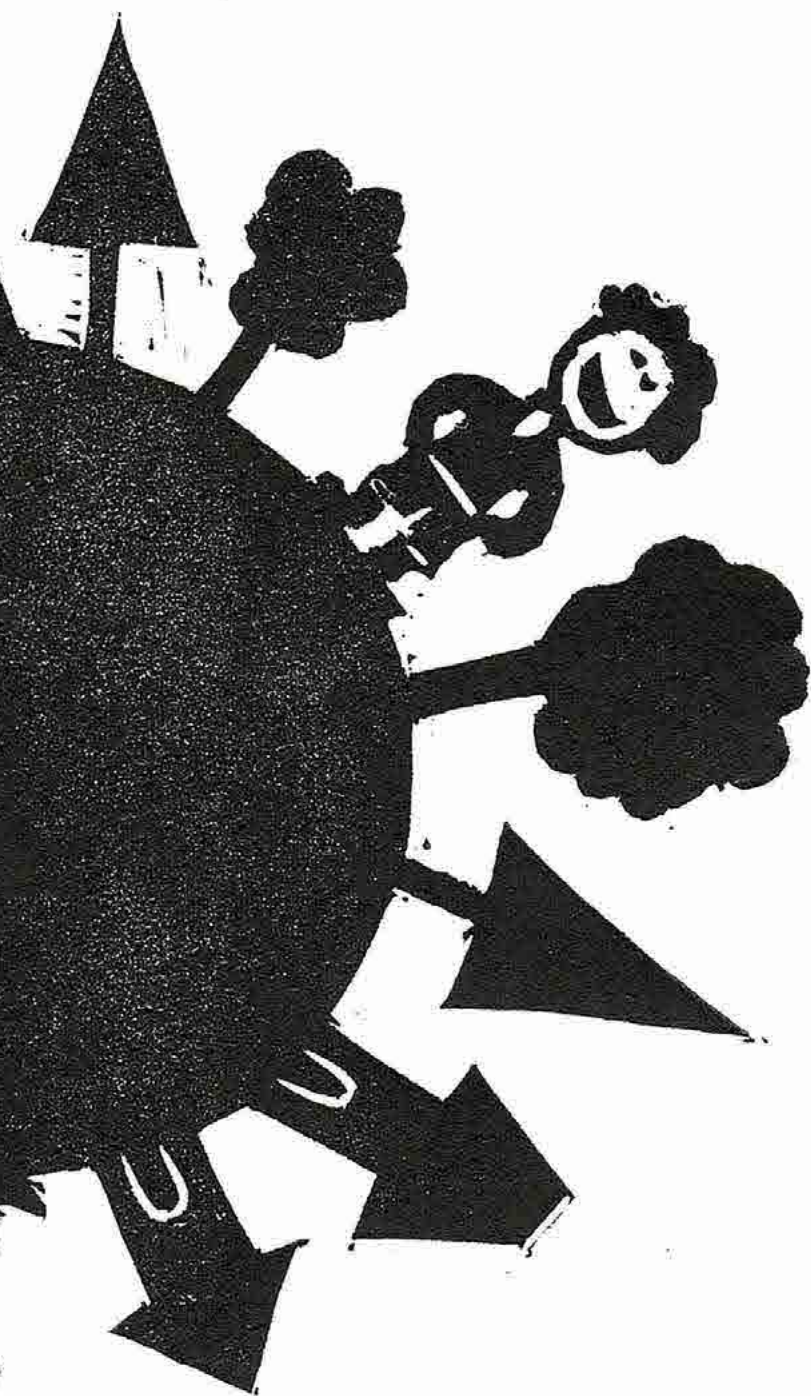
«Acá nadie vende mercancía robada. ¿Hoy le robaron a tu padre?, mmm. Esperen que cierre e iremos a preguntar a una bodega donde he visto movimientos raros», le dijo Don Manuel.

Cruzando la línea del tren se detuvieron en una casa azul que estaba rodeada de rejas y alambres. Don Manuel tocó el timbre y entró. Los niños esperaron afuera, muy nerviosos y con frío.

Después de mucho rato se abrió el portón y salió Don Manuel arrastrando una carreta con muchos jamones. «Estos sinvergüenzas los tenían, pero después de amenazarlos con llamar a la policía me los han devuelto», dijo.

Al llegar a casa de Alí sus padres no pudieron creer lo que sus ojos mostraban. Un payaso, un enano vestido como maestro de ceremonias, una niña con un traje rosa, un perro amarillo y Alí. Todos empujando una carreta con los 40 jamones.











A CIELO ABIERTO



Este libro se terminó de editar, diseñar y diagramar en las ciudades de Limache y Puerto Montt, entre los meses de marzo y agosto de 2021. Se utilizaron las tipografías Sassoon Infant y Eighty Percent Outline, en diversas variantes. Las tapas fueron impresas en cartulina de 240 gramos y el interior en bond de 140. La cubierta fue barnizada con laca UV transparente.

